Libertad Demitrópulos

Sabotaje en el álbum familiar

COLECCION "LOS NUESTROS"
Editorial Fundación Ross

I.S.B.N. - 950 - 9472 - 04 - 2

La presente edición es propiedad de
EDITORIAL FUNDACION ROSS

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito Ley 11.723
Esta edición consta de 5.000 ejemplares

I

...Interrogado el deponente sobre sus datos de filiación a tenor del Art. 24 del Código Proc. Criminal, dijo llamarse DOMINGO PULAKIS, de sobrenombre MINGO, argentino naturalizado de origen griego, de cuarenta y un años, soltero, curtidor, con una entrada mensual aproximada de Nueve mil pesos m/n, y domiciliado en Gerli, Prov. de Buenos Aires.

Preguntado por S.E. si fue procesado con anterioridad contestó que fue procesado en tres oportunidades por incitación a la huelga y por la toma de una fábrica. Ante nuevas preguntas formuladas por S.E., el compareciente insiste en que no va a declarar sobre los hechos consignados por la autoridad preventora, pero sí quiere poner en conocimiento del Tribunal los apremios ilegales de que fue víctima. El compareciente dictará su declaración y relata: "Fui detenido el martes 14 de mayo a las 18 al salir de la curtiembre donde trabajo. Fui trasladado, esposado, a un lugar donde estuve aproximadamente hasta las 22 y 30. A esa hora, y siempre sin darme explicaciones, empezaron a golpearme dos personas. El interrogatorio lo hizo un señor vestido de traje marrón, de unos cuaren-

ta años, cabello crespo, de mediana estatura, cutis blanco, rodeado por otras tres personas, una de las cuales estuvo permanentemente a mi espalda. Cuando me negué a declarar los domicilios de dos personas que ellos exigían, se retiró el que me interrogaba; luego la persona que estaba a mi espalda me vendó los ojos. Enseguida me sacaron de la habitación, encapuchado y esposado, hasta una escalera en la que bajé primero seis escalones, luego once más, luego cinco y, finalmente, otros catorce, hasta llegar a un lugar donde fui arrojado en el piso del asiento trasero de un automóvil. Subieron dos personas adelante y dos atrás. La segunda persona que subió atrás, golpeándole la pierna, le dijo: *Ya vas a ver, machito*. El coche anduvo alrededor de veinte minutos, aunque no sabe si puede calcular con precisión. El coche anduvo primero por ruta asfaltada y, algunos tramos, sobre pavimento adoquinado. Luego, calcula, alrededor de cinco minutos por camino de tierra, no pudiendo darse cuenta de la orientación.

"Al llegar ahí le dijeron que lo iban a matar. Sigue dictando: Paró el coche, me bajaron: había por lo menos una persona esperando. A esa persona se dirigieron llamándola CORONEL, y una persona que había estado atrás se presentó como SAPO-AGUILA o algo por el estilo, si bien yo había oído en el coche que a esa persona se la llamaba por otro nombre.

"A esta altura del acto S.E. pregunta al deponente sobre el nombre de dicha persona, manifestando que se la había llamado como ESTOPIÑAN. El llamado CORONEL y una persona más a mi costado me hicieron caminar unos pasos, me hicieron arrodillar. El que estaba a la derecha desenfundó un arma, la amartilló, me la puso en la nuca y preguntó DONDE ESTABAN COOKE y ZALAZAR y a qué grupo subversivo pertenecían. Yo me negué

a contestar y entonces me alzaron entre dos y me entraron en una casa en la que aparentamente habían unos escalones, pero no más de cuatro, y me arrojaron sobre una mesa, creo que de metal. Dicha mesa tenía la forma del cuerpo humano. Me desvistieron y me ataron las manos y los pies a algo que estaba debajo de la mesa. Pusieron la radio a todo volumen. Alguien dijo que me iban a hacer "radioterapia". El llamado CORONEL volvió a hacerme la misma pregunta; no contesté y me pasaron la primera descarga con un instrumento que tenía dos electrodos a una distancia aproximada de dos centímetros entre sí y de un diámetro que, calculo, era de un centímetro, con bordes romos. La primera descarga empezó por la planta de los pies, subiendo por el lado derecho del cuerpo, hasta las axilas. Inmediatamente empezó a decirme el llamado CORONEL; "*vas a hablar, griego hijo de una gran puta, porque de cualquier manera te vamos a matar*". Me empezaron a pasar una nueva descarga por el lado izquierdo del cuerpo: ahora venían desde las axilas y al llegar a los testículos detuvieron el aparato en la zona genital, mientras me tapaban la boca para que no gritara. El citado CORONEL tenía una voz fina y metálica que reconocería en cualquier sitio y era el que insistía amenazando para "que hablara".

"Preguntado por S.E. el tiempo que el deponente supone duró la tortura, éste manifestó que alrededor de tres horas. Señaló que, aparte de sus gritos y de las voces de los que lo torturaban, no se oía ningún otro sonido alrededor, una vez que apagaron la radio. Que calcula que ellos eran entre cinco o seis individuos. Que en un momento dado, y cuando ya estaba sentado en una silla y con los ojos vendados, maniatado y con la cabeza agachada por orden de las personas que lo torturaban, se apagó

un farol del tipo "sol de noche", que lo reconoció por el ruido. Que no sentía ningún ruido entonces, pero que sabía que sus torturadores lo estaban vigilando. Que una vez que lo dejaron de torturar, el de la voz metálica le dijo: *no se te ocurra tomar nada porque te hinchás como un sapo*. No obstante, como tenía los labios y la garganta resecos y una especie de granulación en la boca, y como había transpirado mucho durante la sesión de tortura, clamaba por que le dieran un poco de agua. Que él no ignoraba que tomar agua hubiera sido mortal para él, pero en ese momento la desesperación era mucho mayor que pensar en las consecuencias. Que como lo tuvieron maniatado y con los ojos vendados le fue imposible proveerse de agua hasta dos días después. Que los días siguientes: 15, 16 y 17 de mayo lo mantuvieron sin comer y solamente le alcanzaron pequeñas raciones de agua que él bebía hasta la última gota. Que el día 18 nuevamente lo amenazaron con someterlo a la misma tortura, cosa que se cumplió. Después le presentaron una presunta "Declaración espontánea" que el deponente tenía que firmar y firmó *"Si no quería volver a la parrilla"*, nombre que escuchó le daban a la picana eléctrica.

Después Mingo volvía a aparecer por Gerli y a las tardes nos reunía en su casa y siempre estaba dale que dale:

—La Resistencia, pibes, tiene dos caras o métodos de concebir la lucha: uno es el que adoptan los políticos del Movimiento y consiste en llegar a una alianza con el frondizismo o combinar con formas violentas para llegar a conseguir el poder. Otro es el que concebimos nosotros: la insurrección general o sea la lucha de todo el pueblo.

—Pero Mingo —decía Zalazar— si nosotros pudimos reconquistar los sindicatos para nosotros ¿por qué el resto del Movimiento no hace lo mismo?

—Te voy a explicar. Los sindicatos nunca pudieron ni podrán ser barridos por una razón muy sencilla: porque están ligados al sistema de producción de la economía nacional. ¿Concebís vos un sindicato que no produzca nada? ¿Un gremio de puros vagos? No. A nosotros no nos pueden eliminar por decreto. Nos necesitan. Pero no saben cómo hacernos vomitar nuestro antiimperialismo.

—Es verdad, Mingo. Antes de Perón nadie hablaba de antiimperialismo.

—Sí, antes de Perón habían otros que hablaban de antiimperialismo y eran los intelectuales de izquierda. Los intelectuales hablaban en los cafés de la Universidad. De ahí no salían. Vino Perón y en pocos meses la cosa cambió. Tanto que esas banderas pasaron a ser consignas del pueblo. Pero la reacción, pibes, "se avivó". El mismo Flaco Narigudo se benefició con el esclarecimiento antiimperialista, porque por ese camino fue que su partido lo eligió presidente del radicalismo intransigente. ¿Se dan cuenta, pibes, cómo Perón penetró hasta en las filas y en la mente de la contra?

Mingo tenía siempre una idea fija que al principio nos costaba entenderle, y era cuando hablaba, en forma nerviosa, para demostrarnos que no estaba satisfecho con todas las "biabas" que dábamos a diario.

—¿Por qué luchamos —decía—. sólo por reivindicaciones económicas o por algo más? ¿Para qué fabrico bombas, vamos a ver?... ¿Qué conseguimos con las huelgas? En primer lugar las huelgas traen agitación general, es verdad, pero también llevan al desgaste y debilitan las posiciones que habíamos conseguido. Observen que la

tiranía volvió a perseguirnos y nos ha intervenido los sindicatos. Ahora estamos en la clandestinidad, aunque en condiciones de ir a la huelga general. Pero la agitación de las huelgas debe conducirnos a una insurrección general. No solamente nosotros debemos movilizarnos, muchachos. Ese es el asunto. Nosotros solos no somos suficientes, solos no podemos desatar la insurrección mientras los empleados sigan yendo a las oficinas, los maestros a las escuelas, en fin: necesitamos contar con otras fuerzas.

—Otras fuerzas...

—Pueden ser civiles organizados, empresarios levantados. Pueden ser las mujeres amas de casa, los estudiantes, qué sé yo. El pueblo unido. Ahora solamente damos la batalla en el plano sindical.

Siempre estaba batiéndola con lo de la insurrección general, así que lo dejábamos con su tema, porque cada vez se ponía más espeso el asunto y él caía más seguido a la cárcel. Pero en cuanto lo teníamos con nosotros andábamos siempre detrás de él para que nos aclarara cosas.

—Ahora resulta que quieren derogar la Constitución del año 49. Pero lo que ellos quieren limpiar de un plumazo son los artículos que legalizan la Soberanía Política y la Independencia Económica. En una palabra, le tienen bronca al art. 40, el famoso artículo cuarenta que les hace doler hasta la médula. Ese artículo dice que todas las riquezas del suelo argentino son propiedad inalienable del Estado.

—La gran flauta, Mingo, ¡qué palabrita! Inalienable... ¿La inventó Perón?

—No la inventó Perón, pero merecería por lo justa.

—¿Y qué quiere decir, justamente?

—Significa que eso, la propiedad del Estado no se puede discutir con ningún argumento.

—¡Qué los tiró! La saben todas. Con esa palabrita estaban atados.

—Por eso es que ahora van a derogar la Constitución. Solamente borrándola pueden meter mano en la bolsa. Están apurados preparando el camino para que los yanquis vengan tranquilos.

Otro día se aparecía transpirando, con la campera de cuero y sus anteojos de miope y, de golpe, nos largaba:

—Pibes: hoy regresa el Tano Narigudo de Miami. Fue allá a arrodillarse. Hay que ir a recibirlo. Vamos, metan aquí todas las monedas que tengan.

—¿Qué hacés, Mingo, andás de limosnero ahora?

—Dale: metan las monedas que tengan que tenemos que tirarle una lluvia al fanfa ese.

—Bueno —decía Zalazar— ¿y con qué pago el tranvía?

—Dale: meté.

—¿Por qué no le pedís a Fritanga, que tiene para tirar para arriba?

—A Fritanga también se le va a pedir cuentas. Escuchen: hay que ir al aeropuerto cuando llegue el Tano. Nos reuniremos allá porque han preparado un dispositivo con la Gendarmería y la Guardia de Infantería. Cada uno se mete como puede. Hay que ganar la terraza del aeropuerto, así le tiramos las monedas cuando el Tano haya bajado del avión y pase rodeado por los turros que lo acompañan.

—¿Va a haber bombo, Mingo? ¡Cómo me gusta el bombo!

—También va a haber bombo. Lo vamos a meter al bombo también, ya vas a ver.

—¿Le vamos a gritar: ¡Viva Perón!?

—Claro. Y sobre todo hay que ir allá para que no se nos confunda con el grupo politiquero que está agarrado

a la "manija" y transige con Fritanga y con el Tano. Ellos están con el "integracionismo"; nosotros con la lucha.

En la esquina del barrio, en el pasillo y en la cocina de su casa, Mingo era el que siempre nos decía:

—Yo soy como el Ave Fénix —y lo decía principalmente cada vez que volvía como resucitado de alguna de sus permanencias en el infierno—. Lo primero que hay que aprender es que un tipo en manos de esos matones puede defenderse, puede hacer un plan y cumplirlo. Uno tiene que saber que es posible engañar al enemigo, pelear con él, combatirlo, aún estando atado a una mesa de tortura. ¡La pucha si no puede! Esto es lo que ellos no aguantan. Piensen que todo el tiempo ellos están tratando de romperle a uno la conciencia, de quebrarlo por dentro, y resulta que uno, aunque lo torturen, está midiendo todo, controlando todo lo que pasa alrededor, más lúcido que nunca y no se deja pescar.

—Midiendo todo..., controlando todo.

—Claro, pibe. Vos tenés los nervios a flor de piel y así, cuando ellos te picanean, preguntándote: ¿quién mató a Fulano, quién robó el arma, quién organizó la huelga? y te dicen: hacete cargo de eso, reconocé esto otro; dános nombres, en qué andabas, con quién trabajás, cuáles son tus contactos; dónde se reúnen; quiénes son los cabecillas, DONDE ESTA COOKE, a dónde ibas cuando te agarramos; quién da las órdenes; quién hizo ésto, quién hizo esto otro; hay UN MENSAJE DE PERON; tu compañero habla de un mensaje de Perón que se refiere a la guerrilla; quién te da la plata para fabricar bombas..., el otro dijo todo, cantó todo, vamos, hablá que te conviene, largá el embuche que lo sabemos todo, no seas gil, no te hagás el mártir griego hijo de una gran perra..., entonces, vos ya estás seguro de que lo que ellos buscan es la punta de la

madeja a partir de la historia falsa del fulano muerto y de que, en cuanto aflojés la más mínima cosa, ahí mismo empezás a hablar y ya no podés parar... Ahí te das cuenta de que, si consentís en decir cualquier pavada, se van a agarrar de eso y empiezan las preguntas, acompañadas de pases más largos de picana, para hacerte delatar gente y datos del Movimiento. Y vos sos consciente de esto por una hipersensibilidad que tenés en esas circunstancias, los nervios a flor de piel como les dije, que son los que permiten reconocer las voces y las intervenciones. Vos los identificás como si los estuvieras viendo.

—Como si los estuviera viendo...

—Pero sin miedo, ¿entendés Ricardo?, sin miedo, pibe. Miedo no se siente ni en el peor momento. El peor momento es cuando te pasan el pincel con vaselina y ya está por empezar la cosa. Uno no sabe cómo va a soportar el comienzo, porque estás pensando que tenés que soportar y a la vez tratás de estar lo más despejado posible, lo más lúcido, para aguantar el primer envión, que es el peor. Pasado el primer trago, cuando el cuerpo y la mente han soportado la arremetida inicial, se aguantan las sesiones que siguen, y uno entra en un estado de ánimo particular, una cosa rara y extraordinaria, que hace que se tenga confianza en uno mismo, y esta confianza, hermano, te hace resistir mejor. Vos ya estás seguro de que no te vas a entregar. Pero es claro, para llegar a convencerte de ésto tenés que haber pasado por varias sesiones de tortura, tenés que haber experimentado varias veces el comienzo, en una palabra, haber resistido de dos a tres horas. Cuando te pasan la máquina por el cuerpo, vos sabés que son una bosta y que lo tuyo es la verdad. Pero, si resistís, también notás que a ellos les viene una necesidad furiosa de negarte, de privarte del atributo de humanidad, y tenés

que aguantar la descarga final: ahí los tipos mezclan sadismo con degradación. Se ponen como locos; te agarran a las patadas y a los trompis; te insultan y amenazan; y vos atado a la camilla resistiéndoles y seguro de vos mismo...

—Seguro de uno mismo...

—Eso; grabátelo bien. Pero a veces pasa: te aguantás hasta el final una sesión y recién entonces largás una mentira; los tipos en esas circunstancias, la toman como cierta. Y hay veces en que se termina diciendo lo que los torturadores quieren que se les confiese. Uno se da cuenta qué es lo que quieren hacerle "cantar" y entonces, según lo que sea, meditando bien antes las consecuencias que tendrá la confesión, se puede soltar algo que no sea importante, o sea la mentira que ellos esperan. Así te dejan en paz. Pero es muy delicado soltar prenda, puede ser un anzuelo para algo de mayor envergadura. Esto prueba que la tortura puede ser una fuente de información falsa que conduce al error. Este error puede ser peligroso, porque se presenta con la apariencia de cosa cierta, "confesada". El torturador es engañado por el efecto de la misma violencia que usa. Lo mejor es resistir.

—Resistir...

—Lo grave es cuando se ponen cargosos y hasta llegan a simular que te fusilan. Pero es claro, que simulan eso lo sabés después, porque eso también hay que aguantar... Vienen en medio de la noche, me levantan medio dormido, me vendan los ojos; oigo que hablan entre ellos en voz baja y algunos dando órdenes y haciendo ruido con las armas. También oigo que dicen: *hay que leerle el decreto; llévenlo al patio; que no oigan los otros*, y qué sé yo.

Yo, imaginate: *¿qué me van a hacer estas bestias?* Por ahí parece que alguien lee un menjunje que no se entiende ni medio, sólo cuando dicen: *pena capital* y *"firmado"*

pero no llego a saber quién es el boludo que firmó ese asunto.

Luego, el que lleva la voz cantante dice: *pregúntele si tiene algo que decir*. Y yo: *QUE SE VAYAN AL CARAJO*, con todas mis ganas.

Todavía se mandan otra cantinela de *cumpliendo órdenes*, y de *por la patria* y demás cosas. Hasta que escuchás: *¡APUNTEN!...* ¡FUEGO!; como en las películas.

Y sentís los disparos y después silencio. Ahí quedás bajo el frío, hasta la mañana en que te hacen ir a la celda.

Señor
John William Cooke
Santiago de Chile.

Pongo en su conocimiento que se ha constituido el Comando de Propaganda de Villa Lugano ligado a los C. "Coronel Perón" de Velázquez (Vigo). Integrantes: Ibañez (gráfico); Rogelio M. (gráfico); Ricardo Cañizares (cuero); Zalazar (SUPE) y Pipo (juventud). Enlace: Manuel Prado (FOTIA).

Objetivo: montar una imprenta para difusión de mensajes del Comando Estratégico y del C. N. P., a más directivas, consignas, boletines, mariposas, etc., todo lo que la masa peronista debe conocer.

Poco después de constituido este Comando, Velázquez (Vigo) cayó preso, siendo llevado a la misma cárcel donde hace menos de un año fusilaron al general J. J. Valle y demás mártires.

Un abrazo

Pulakis

Estimado compañero:

Me he informado de la constitución del comando de Villa Lugano a cuyo enlace le ha asignado la clave SJQPH-016.

Es necesario tomar la iniciativa y someter al enemigo a nuestra propia ley de acción. Hay que provocar perturbación y mantenerla a cualquier precio hasta que la dictadura se doblegue o reviente.

Los compañeros deben salir de la inactividad destructiva y proceder, pero no como lo hemos estado haciendo hasta ahora, esfuerzos esporádicos y parciales, sino un esfuerzo de conjunto y habremos vencido. Para ello hay que hacer llegar a todos los peronistas las directivas de Perón y ponerlas en acción sin pérdida de tiempo.

Los encargados de la conducción táctica han resultado pequeños y como tales se han ocupado de menesteres subalternos en lugar de hacer la conducción en grande. El pueblo salvará al pueblo.

Lo abraza

Cooke.

II

... ¡Arrima ese madero colgante!... Para que no entre el céfiro constipante... Recojan las cenizas de los rescoldos y hagan cruces en el patio. ¿Están todos en la casa? ¿Están todos, o anda por ahí suelto algún latido mío, una brizna de mi sangre, una lágrima? ¿Están todos? ¿Qué será de Juan Manuel a estas horas? ¡Santa Bárbara doncella! ¡Cómo se desmoronan mis pasos, se deslíen mis suspiros y mi sombra se desprende del suelo! Es un eco confuso mi latido...

¡Vayan a buscármelo al Amaurio, que se habrá rezagado silbando con los chalchaleros! ¿Están Matiasa y las guaguas?... Háganlas rezar para que no lloren. Y traigan velas de esperma que sacaremos a la Santa en procesión buscando aquietar nuestros temores. ¡Pronto: llamen a los entenados y a las indias de la cocina, que vengan a sumarse a las plegarias!

¡Santa Bárbara doncella!... ¿Han tapado los espejos? No dejen que, mordida por los relámpagos entradores de luces amarillas, se quiebre nuestra figura en esa muerte anterior.

¡Arrima ese madero colgante... para que no entre el

céfiro constipante! ¡Santa Bárbara doncella, ampáranos en esta tormenta!...

Y Eliana deja las nubes que borda en el bastidor metiendo la aguja: dos agujeritos cruzados por el medio, dos de costado, dos cruzados por el medio, dos de costado, hasta que le sale el dibujo y aparecen ángeles con alas en la espalda y palomas volando, que se van al país de los ciegos donde el tuerto es rey; deja el bordado y cierra la ventana como lo manda la abuela que tiene miedo porque está tronando y se va a largar una tormenta descomunal. Pero es justamente con las tormentas que salen de su escondite los sapos rococos a cantar bajo la lluvia y se despanzurran de gusto y nosotros mañana los pillaremos y le reventaremos el vientre a pedradas. La última vez que cayó una tormenta, cuando amainó un poco, a escondidas de la abuela, salimos a jugar con los rococos: los pusimos en fila y los hicimos fumar cigarros; corcoveaban como negros bailando el candombe, bailaban un paso para el costado, dos al frente; transpiraban. *¿Transpiran los sapos?*

—¿Qué no saben que los rococos son la respiración de la tierra? ¿Por qué los ahogan? —dijo el Amaurio que ahora con la tormenta andará en el campo aprendiendo el silbido de los chalchaleros y Waldina lo extraña y pregunta por él.

La abuela, como tiene miedo, saca el rosario que siempre lleva en la pretina, y va entrando y saliendo de una habitación a otra, adelante de todos, rezando con esa voz de suncho cortado que le sale cuando se frunce y no comprende que la tormenta tiene que suceder nomás. Eliana entonces se levanta y cuando ya va a cerrar la ventana le viene el pensamiento de cuando conoce que el tiempo va a ponerse a llover y es ahí cuando se acuerda de algo que sucedió hace mucho y entonces tiene que llorar. Y llora,

porque ella siempre tiene que estar mirando por esa ventana, esperando a alguien que ella dice que va a regresar y que por eso lo espera. Pero la abuela vuelve a decir: "*arrima ese madero colgante*"... y entonces ella tira para adentro y para abajo. El madero colgante tapa entonces el parche de luz por donde se colaban las gotas de lluvia y, a veces, también las mariposas de colores, los cascarudos, las juanitas y hasta Pegro Urdimán.

Adelante, abajo: es cerrar la ventana; dos agujeritos cruzado por el medio, dos de costado: es el punto cruz. Un paso para el costado, dos de frente: es el baile de los sapos rococos borrachos de tabaco. Y ahora, que estamos en el comedor, todos juntos, menos el Amaurio y mi papá que es el gringo del taller, hay que caminar derechito, porque uno con dos hacen tres, caminen derecho entonces los pies. Y andamos con las velaciones detrás de Santa Bárbara que hace parar las tormentas, y de Waldina que reza santo, santo es el nombre del Señor, un padrenuestro y nueve avemarías y vuelta a empezar con lo anterior, hasta que se le acaban las nueve cuentitas del rosario y reza otra repetición tantas veces que se pierde la cuenta y eso que me gusta contar. Entramos a las habitaciones para que los que cargan el bulto de la Santa puedan descansar y yo mirar de reojo el susto que tiene Waldina: ella está temiendo ver subir el agua primero hasta el umbral, después hasta la mesa grande del comedor y por último que tengamos que treparnos arriba de los roperos y esperar a que vengan en bote a salvarnos. Pero entonces la Santa es capaz de intervenir en el asunto y desparramar las nubes que se van con la tormenta a otra parte. Le pregunto a Matiasa si sabe quién al final hizo parar la lluvia: la cruz de ceniza o Santa Bárbara doncella, y ella me responde que ahurita le preguntará a la abuela, que es la que

sabe todo. Waldina contestó que cada uno fue a pedirle a su patrón: al diablo y a Dios, a Dios y al diablo, una fuerza de arranque, otra de escape, y al final la lluvia se fue.

Cuando se va la tormenta corro, y la abuela por atrás, piraña o apazanca panzuda, con una varilla de caña bambú, me viene persiguiendo. —*¿Qué no saben que las alegrías de un pobre son anuncios de un pesar? ¡Dañinos! ¡Andar conturbando el espíritu de la madera y desatar el fuego liberador, para saltar encima como diablos...*" La abuela es una apazanca de patas largas, con el rosario enrollado en la cintura y la varilla bailoteándole en la mano, como la luna de noche sobre mi cama. ¡Mama luna, dame tu fortuna, yo te daré la mía vos dame la tuya!...

No quiero ser pobre para que la alegría no se me cambie en pesar. Si tengo suerte, ahora que estoy corriendo, la abuela se vuelve estatua, estatua desnuda de frío y la lluvia que le cae, y ahí se queda, mirando fijo sin arrancar de la estatuación, mientras sigo corriendo con los otros y saltando las fogatas hasta que en una de esas meto el pie y salgo aullando a buscar a Matiasa para que me ponga aceite o cal. No quiero ser pobre para que la alegría me dure, como cuando me trajeron el perro que Matiasa cambió por un pan, malmuerto adentro de la bolsa, carita de opa, ojos de pichiciego; de no tener tantos canastos llenos de pan, no hubiéramos podido cambiarlo. No quiero ser pobre, y me iré al país de los ciegos donde el tuerto es rey. *¿Se vive feliz comiendo perdiz? ¿Dónde se acaba el colorín colorado?* Waldina dice que los ciegos se mueven primero para adentro, después para afuera, un pasito para atrás, otro más largo adelante, y así, dice, se van acostumbrando a despejar el aire y le sacan ventaja al tuerto que

ve de lejos pero no de cerca. *¿Las naranjas cómo se ven?* —le pregunto a Waldina. *Primero: como un punto brillante que salta igual que el sol cuando está debajo de muchas hojas; después el punto saltante parece un buñuelo, hasta que se hace patente la viruela de la cáscara y uno sabe que es una naranja por el olor que tiene y se la come debido a que el perro saca la lengua acezante y hace dar sed.*

Ocasiones la abuela y el perro se duermen. Entonces huímos por distintos caminos y al anochecer regresamos con lumbre y el cabello crecido. El pelo se nos pone verde y Matiasa reniega diciendo que nos crecerán semillas en la almohada y también adentro de las orejas. Y nos mete en la tina hasta sacarnos el verdor. Si me crece una planta adentro de la oreja, con estirar un poquito el brazo ya corto una naranja y, cuando me acueste, tendré la cama llena de naranjas. Pero Matiasa no quiere saber nada, y nos refriega, y nos pone vestidos azules y amarillos y nos sienta a comer mazamorra con leche, antes de que la abuela se entere.

Pero Waldina se entera igualmente, como si nos hubiera visto, y enojada nos manda a desculár hormigas, en tanto las indias de la cocina pasan jaraneando a nuestro lado echándose risotadas, hablando en su lengua sobre la ocurrencia que tuvo la abuela con nosotros. Las indias pasan y en medio de la risa barajan medio cuerpo de las hormigas que nosotros vamos tirando. Después van a hacerse una tortilla, porque, dicen, en medio de carcajadas, ellas tienen ganas de comer pan de hormiga, así como a nosotros a veces nos vienen las ganas de comer dulce de doca, cuaresmillo o guayaba, que a uno lo tupe, como la hormiga desculada.

¿Se vive feliz comiendo perdiz? ¿Alguna vez se ha acabado el colorín colorado? ¿Se pueden juntar todos los "había una vez" y detenerse en aquel que fue cuando Pegro Urdimán por gusto nomás, por molestar a la gente, destapó el techo cuando Waldina estaba amasando y ahí fue también que la levadura se aplastó? Cómo sería que la levadura, con una respiración para arriba, otra respiración a lo ancho, chupando aire tibio por los agujeritos que le iban saliendo como muchas bocas, ya había crecido adentro de la masa, pero con la destapación tuvo un tiritamiento de chucho con escalofrío y se rajó en aplastaduras rayadas. No contento con desinflar la masa, Pegro, de un soplido apagó el horno que ya estaba caliente ni mucho ni poco, una fuerza de la leña para calentar, otra del frescor del aire para refrescar, y así Waldina siempre conoce cuándo debe meter el pan para que no le salga ni crudo ni quemado.

Enojada porque Pegro Urdimán le apagó el horno, mandó Waldina a poner mucha leña para que el calentamiento caminara por arriba. Pero las brasas no querían que se les interrumpiera la conversación que estaban sosteniendo entre ellas y por eso, dando chillidos y largando cuescos salían disparando para ir a clavarse en el techo del horno. *¿Carcajean las chispas?* Algunas parecen que ríen o pelean, otras se trenzan como alacranes y las que quedan en el fondo, porque las aprietan allá abajo y no pueden salir, dan quejidos de ranitas. El pan se quemó y Waldina con la cara colorada por la rabia que tenía, iba sacando la pala de hornear con los panes quemados. Con cada pan que sacaba largaba un insulto y una escupida para el lado donde suponía se hallaba, muerto de risa, el mandinga.

—Mandinga pícaro —dijo Waldina— ya habrá desviado el camino que usan las hormigas en los fondos de la casa

y asediado con orines las hortigas que dejo crecer alrededor, para que no pueda entrar. Vayan a borrar la desviación, así cuando él salga le pican los talones mortificándolo. Y despierten a las ronchas que duermen en el disfraz verde de las hortiguillas...

Como será Pegro Urdimán que se va pero vuelve y no por el camino de las hortigas que le prepara la abuela sino escondido en las alforjas del abuelo que regresa de un largo viaje. Vuelve adentro de unas botas que el abuelo compró en una talabartería de Lima. Entonces, empiezan a perderse cosas como anillos con letras grabadas, escapularios, la cartilla donde aprendo: *"el as-no se a-so-ma"*; *"¿to-ma el té, Ti-ti-na?"* Y hallan abiertos los arcones que Waldina dejó bajo llave. Se corta la leche. Se queman las hiedras. Se enferma de "susto" alguna guagua. Se quiebra la loza. Se oyen suspiros y muchas cosas más. Pegro trae la "tirisia" que hace enfermar a Matiasa, el empacho a los chicos y el moquillo a los pollos. Pegro suelta los chalchaleros que trajo el Amaurio del monte; apaga la lámpara que estaba chupando luz de adentro de la grasitud. Pegro chifla largo cuando uno está durmiendo y lo hace despertar, corto para asustar, hondo para apenar. Pegro es el que se atreve a tocar el misterio que a nosotros nos envuelve en los lugares oscuros, escondidos y nocturnos.

Así andamos al tira y afloja entreverados con el mandinga traveseador, poniéndole sal en los rincones, escupiendo para atrás, y nos damos cuenta de que él ya se ha ido de la casa por el picor que toma la aloja en las tinajas, que esa es la última travesura que hace antes de irse a otra parte.

—¿Qué no saben que Pegro Urdimán la traveseó el día que la infeliz se quedó dormida bajo el cebil? —dice Wal-

dina cuando le crece la barriga a la india que nos puso de niñera.

Y la barriga le crece para adelante, inflándose que parece que va a reventar, hasta que explota y un día aparece un chico que primero gatea por la cocina y después viene a jugar con nosotros. Waldina le puso de nombre Angel para sacarle lo que pueda tener de diablo. Y el chico viene a jugar con nosotros y lo dejamos que nos mande a su antojo porque su papá es Pegro Urdimán, en cambio el de nosotros solamente es el gringo del taller.

Pero mi papá no cree que el padre del chico sea el mandinga sino cualquiera que ande por ahí vestido de hombre y con alma de hombre. Waldina se santigua, porque dice que mi papá es gringo masón, y que además no cree en los antiguos de antes, cuando todavía no había nacido la abuela de su abuela —que viene a ser mi abuela muchas veces seguidas—, cómo será que ya entonces Pegro Urdimán hacía travesuras.

III

El timbrazo sonó al atardecer. Levanto la mirilla, observo y no reconozco al visitante. —¿Quién es? —pregunto, sin quitar la llave del doble pasador ni la cadena de la puerta:

—De parte de Eliana.

—¿Eliana? ¿Qué Eliana?

—Su tía.

—Murió hace mucho mi tía Eliana.

Desconfianza. Sobresalto. Reverdecer de ese nombre que hacía tanto tiempo no era escuchado por mí.

—Soy Manuel. Abrame por favor.

La angustia de la voz produjo el efecto. Abro. Reconozco al entenado de mi abuela Waldina, al hombre que Eliana esperó bordando y tejiendo junto a la ventana del comedor, al antiguo dirigente del azúcar.

—Me están persiguiendo —dice.

Pálido. Sudoroso; como si hubiera corrido una maratón. Excitado. Palpitante. Misterioso.

—Usted, Manuel, siempre está escapando; cuando lo encuentro es porque lo persiguen. ¿Cuándo sentará cabeza?

—Me achacan una muerte que no cometí; en realidad lo que quieren es sacarme del medio.

—¿Por qué vino a mi casa?

—Nadie puede sospechar de usted. Sólo la molestaré dos o tres días. Me voy a largar al norte hasta que pase la racha. Se lo pido en nombre de Eliana...

La puerta de la piecita donde lo había ocultado sólo se abrió a la mañana siguiente y Manuel me preguntó, cautelosamente, si me animaba a llevar una carta a un tal Ibañez, compañero suyo, que vivía en Villa Lugano. Recomendó cautela porque se trataba de un enlace. Dijo que antes de ir a mi casa había estado en cierto lugar cuidando a un compañero enfermo y que necesitaba transmitir la dirección de donde éste se hallaba para que fueran a atenderlo y le hicieran llegar antibióticos. Mientras él, momentáneamente recluido en mi casa, pasaba revista a sus años de hostigamiento y cárceles, acusado de riña gremial, plan de lucha, toma de fábricas, yo buscaba a Hermógenes para pedirle que me acompañara a Villa Lugano. Desde que me había instalado en la ciudad en muy escasas oportunidades había salido a los barrios y menos a ése. Hermógenes se mostró feliz de acompañarme. Fue como invitarlo a dar un paseo. La misma fuerza libre, la misma entrega palpitante de todos sus actos.

Caminamos esa tarde porteña sin ocaso, húmeda y pestilente, sin árboles ni ángeles que se descolgaran del cielo sucio de Buenos Aires, todo vaho y humaredas parduzcas, sin chalchaleros que la despidieran cantando. El Amaurio tenía tu edad, Hermógenes, cuando se perdía en el monte a aprender el silbo de los pájaros y con millares de vidas invisibles y palpitantes era la afirmación de ese canto existencial. Quisiera encontrarte una ardorosa tarde interminable para comer chirimoyas en Tartagal y

mangos en Ledesma y después, si la tuberculosis aún no ha acabado con él como lo está haciendo con todo su pueblo, irnos a visitar al cacique chiriguano Canuto, y sentados a la puerta de su rancho, en las afueras de Pichanal, le ayudemos a llorar por su perdido Chaco Gualamba.

¿Puedo tener la esperanza de encontrarte, Hermógenes, en algún ingenio de Tucumán? Donde haya una vieja nos acercaremos a escucharle cuentos de La Flor de Ilolay, de Yacu Mama o alguna aventura de Pegro Urdimán.

En Tucumán, Hermógenes, el olor de la melaza es tan dulce que te da la ilusión de tener constantemente un caramelo en la boca. Pero lo más difícil será encontrarte en Simoca, cuando sale la luna, y más todavía en Humahuaca, para los carnavales, porque estaré irreconocible con mi cara embadurnada de harina y ramas de albahaca sostenidas en la oreja, bebiendo incansablemente durante los tres días de fiesta junto a un coya tocador de anata. Durante los tres días de carnaval estaré bebiendo chicha y aloja en un jarro fondeado en rojo, recuerdo de Waldina. Si te agacharas vos también a beber del jarro, mi querido Hermógenes, verás que tiene en pastillaje una cara semidormida y que por una ránula se dispersa el calor del vino y la acidez de la aloja. Así, de pronto, podrás sostener en tu mano milenios de sol asentados en ese ventrudo cuerpo cuyas estrías te recordarán las barbas de los viejos pastores indonesios que llegaron atravesando el Pacífico hasta esas altas tierras. Quisiera decirte todo eso, pero no te digo nada, Hermógenes, porque soy una mujer que ha aprendido a callar y a temer. Quisiera decirte estas cosas que voy pensando mientras camino a tu lado en esta ciudad que todavía me es extraña.

Llegamos. El número indicado era un portón de chapas. Estaba semiabierto. Empujamos el portón y entramos a un patio con habitaciones corridas. En el patio y junto a una pared una mujer llenaba el balde con agua de una canilla averiada. Dos chicos pasaron gritándose insultos y amenazas. Voló una pelota sobre nuestras cabezas mientras la mujer miraba como por detrás de una mampara de vidrio. Había un sol tamizado por nubes y esa humedad de Buenos Aires pegajosa que los provincianos no soportan. Parados cerca de la entrada esperamos que la mujer terminara de llenar el balde. Los chicos empezaron a trompearse, hasta que, felizmente, salieron a la calle llevándose la pelota.

Entonces nos acercamos a preguntar por Ibañez. Mirada de desconfianza de la mujer, especialmente la dirigida a mí. Sin dejar de secarse las manos en el delantal, repetía:

—¿Ibañez?... No sé quién es. Soy nueva aquí.

En el centro del patio la canilla chorreaba sobre el balde colmado.

—Sí, Ibañez... Venimos de parte de Manuel.

Paulatino ceder de la desconfianza y dar paso a una posible fraternidad. Manuel era el nombre que abría ese pecho y esa casa, como yo abrí la mía el día anterior. Manuel el entenado. El ex-dirigente de la FOTIA. Ahora lo tenía escondido en mi casa y había venido aquí a traer un mensaje suyo. Tenía a Hermógenes a mi lado, me escuchaba hablar y necesitaba volver a la realidad para no pensar que soñaba. Soy yo. Estoy aquí. Esto es nuevo para mí. ¿A dónde me llevará todo esto? Ibañez. Esta mujer. Lo clandestino. Me sofocaba.

IV

Siempre se sofocaba: cuando recibía una sorpresa, cuando se enojaba y hasta cuando estaba contenta, su cara se enmarcaba de ese aire agitado por el misterio y la gracia de sus baúles y arcones repletos de libras esterlinas, sedas, platería, biblias envueltas en tules y novelas y ediciones del Martín Fierro cuyos versos sabía recitar con soltura y emoción.

En su juventud Waldina fue la amazona que en Chicoana ganaba todas las carreras montada en su silla inglesa sobre un alazán y que un día se dejó raptar por el abuelo, contrariando la oposición de su familia. Acompañó a su raptor-marido a la punta del ramal ferroviario, transformándose en la pionera del progreso y del trabajo para el que tenía más fuerza que varios varones juntos.

Como a sus doce hijos vivos, de los dieciséis que tuvo, manejó con energía la empresa agrícola-ganadera, imprimiéndole la fuerza de su increíble concepción. Contrataba el trabajo de los indios chiriguanos o matacos por varas de lienzo o bolsas de harina o azúcar que entregaba directamente al cacique de la tribu haciéndole firmar una papeleta con el pulgar mojado en tinta. Lo que ella no

imaginó nunca fue que el cacique de una tribu miserable se hizo cortar el dedo del contrato y lo rescindió, reclamándole nuevas bolsas de harina, sin vocinglería, sin apremios, instalándose la tribu en los corredores de nuestra casa, en cuclillas con sus hijos y enfermos, durante cinco días. Al sexto, Waldina les entregó la mercadería reclamada, prometiéndose no imponer leyes de juego a quienes no creían en ellas. Pero el caso era que tampoco mi abuela creía en ciertas leyes del mundo al que estaba sometida, porque así fue cómo el abuelo, después de raptarla de su hogar, ante la ley le había prometido fidelidad y manutención, no practicando lo uno ni atendiendo a lo segundo.

Los hijos la obedecían con un respeto en el que se mezclaban el cariño y el miedo. Sólo los nietos confundían, entre polvaredas de caprichos consentidos por ella, la extorsión de la edad con la firmeza de su carácter, pero esto ocurría mientras no razonaban plenamente; pasados los seis años de edad empezaba para ellos también un trato parejo y riguroso. Le gustaba sentir el poder de ser cabeza de una familia numerosa y así allegó a todos sus nietos bajo su techo. Tenía, además, dos entenados, que un día se presentaron como presuntos hijos que el abuelo había dejado a su paso por Villazón.

A partir de la llegada de los entenados a la casa, fueron considerados como los otros doce legítimos. Con la misma vara los medía. Y lo curioso fue que no necesitó ninguna prueba legal para cerciorarse del origen de los muchachos. Le dijo a uno de ellos: "*a ver, caminá*". Y se quedó mirándolo. Y al otro: "*quitate el saco*", y lo observó con atención. Luego les dijo que esa era la casa de ellos y que se quedaran cuanto quisieran. De allí los entenados se diferenciaban solamente por ser impulsivos y dueños

de sus actos, en tanto los legítimos siempre auscultaban la voluntad de ella.

Los entenados se llamaban Gabriel y Juan Manuel. Como había otro Juan Manuel entre los legítimos, por ser el nombre del abuelo, se resolvió llamar al entenado Manuel a secas. Resultó después que Manuel ejerció una turbia afición por la tía Eliana que, de no mediar la intervención materna, hubiera dado por tierra las barreras más firmes de la sangre. El incesto se contuvo; Eliana lloró mucho y Manuel se marchó de la casa y el pueblo. El otro entenado, Gabriel, continuó en la casa y a la muerte de Waldina pasó a ocupar su lugar, tratando de mantener a flote el barco que empezó a naufragar.

Los sofocos también llegaban el día menos pensado si Waldina estaba tan desprevenida que no había visto el picaflor en el jardín.

Atareada con tantas cosas que ella tenía que hacer: las velas; la masa para las empanadillas de dulce de cayote; mecer el arrope de tuna o curar el moquillo de los pollos; de aquí para allá todo el día; con su vestido blanco de la cocina al corral, de la casa a la quinta; cuando no estaba poniendo a secar los pellones recogía fruta; dando órdenes, renegando siempre con los inservibles que no sabían hacer las cosas como ella quería y a veces hasta tiraba un rebencazo sobre el cuerpo de algún ocioso, sin contar que ya ella había hecho todo el trabajo de la mañana que consistía en ir a la finca a dirigir el carneado de la hacienda, el ordeñe de la leche, el sembrado y la cosecha cuando las plantas dieron las papas, zapallos o choclos; entonces, de sopetón, calladito, entraba en el guardapatio un rimero de mulas y caballos polvorientos.

Todos pensábamos entonces en el picaflor de la mañana y por la carga y la tierra que traía la tropilla, en se-

guida sabíamos que el abuelo había llegado y estaba desensillando.

Alboroto porque nunca avisaba cuándo iba a llegar y caía cuando más desprevenida se hallaba la casa; cómo sería que al ir a darle la noticia a Waldina, primero teníamos que correr por un vaso de agua y hacerle tomar tres tragos seguidos y acercarle el agua de azahar para que oliera. Pero ella siempre tardaba en quedar a la iguala y en recomponerse de los sofocos que era el preciso momento en que ella se paraba con todo su altor, bajo la arcada de la galería, y ya estaba lista para esperar que el abuelo fuera a saludarla.

—¿Por qué siempre se va para Lima, abuelo?

—*Ay, Lima, quien no te conoce no te estima* —decía el abuelo, suspirando por las iglesias tan grandes de Lima, pero más por las casas de dos pisos con portones labrados donde él entraba a comer picante de panza o librillo, un guaschalocro delgado como lonja, cabeza de cordero y tamales, y después, con el estómago lleno, iba a voltearse en la frescura de las habitaciones del primer piso, a sestear con los diablos de las comparsas del carnaval y algunas veces también soñaba con el camino de Cerrillos, en Salta, donde un día, junto con su tata y otros criollos, salió a esperar el paso de Felipe Varela y entrar con la montonera en la ciudad de Salta. En el sueño siempre veía largo ese camino, pero no era así, sino un camino cortado por otro y en el cruce fue que se juntaron con los que siguieron a Varela.

En eso Waldina, parada junto a la arcada, con su vestido blanco, rodeada por la gente de la cocina que salía a mosquetear y hasta por el hijo de Pegro Urdimán y por los entenados, sacaba del pecho el pañuelo para secarse las lágrimas que le venían a los ojos cuando el abuelo lle-

gaba frente a ella cargado con las alforjas y las ponía a sus pies mientras la abrazaba llorando.

Después todos nos íbamos al comedor caminando a su lado y entonces era cuando el abuelo preguntaba por las caras nuevas: "*¿cuyo es ese niño?*" (por Angelito, el hijo de Pegro Urdimán y de la mataca niñera); "*¿cuyos son esos mozos?*" (por los entenados Gabriel y Manuel) haciéndose como que no los conocía si todos éramos sabedores que él los había sembrado durante los viajes. Ahí empezaba el abuelo a sacar las cosas que traía, desde un brazo o riñón de oro para cumplimentar alguna promesa; mates de plata labrados por los maestros plateros de Lima; polveras y abanicos de nácar para Eliana y muchas cosas más.

Pero lo que parecía que más estimaban de Lima era ver al abuelo volcar sobre la mesa la alforja con libras esterlinas. Caía una encima de otra, como vino espeso, dejando oír un sonido como de anhelaciones en la dormición del verano. O como el chirriar de las ruedas del sulky, cuando en las madrugadas cruzábamos el puente de tablones flojos para ir a la finca y a mí entonces me parecía que Waldina tenía tanto miedo como yo, pero corajuda, no lo demostraba.

Así era entonces, cuando contaban las libras esterlinas: Waldina tenía los ojos lagrimosos en lugar de contenta. Al terminar de contar siempre decía: "*poco es, pues*". Ahí el abuelo ponía mirada de corzuela y no se sabía a quién hablaba cuando decía que en Abra Pampa se le despeñaron tres mulas, que una yunta de terneras se perdió en otro sitio.

Ellos contando las libras, yo me atareaba con los nidos de abeja de la chaqueta y bombachas del abuelo, enjambradas todas igualitas. Ahí debían vivir hormigas

blancas que de noche, cuando la ropa se enfría sin el cuerpo, salían a caminar por la tierra. O arañitas colgadas en las esquinas de las celdillas, que para bajarse se hamacarían hasta caer rendidas, y venía el frío y las mataba y ocasiones podía suceder que, cuando el abuelo se levantaba de su asiento para caminar, se le caían alas, antenas, patas y ojos sueltos de adentro de las celdillas, derramándolos como si fueran cualquier cosa, que él no era como Waldina que guardaba, en agujeros de la pared, los cabellos que se caen con el peine, las uñas cortadas y hasta la telaraña que se junta en los sitios oscuros.

—"*Poco es, pues*" —decía Waldina terminando de contar las libras esterlinas, y después de dos años sin verlo tenía al abuelo sentado frente a ella, con su traje blanco vainillado de nidos de abeja y el pañuelo negro al cuello. Otra vez en la casa enterándose de cómo anduvo la parición del ganado y el granizo.

El abuelo preguntaba:

—¿Ha caído helada? ¿y el remezón de este año qué tal fue? En Villazón tembló en agosto, para más de noche, y ¡vieran correr a la gente en paños menores a la plaza!...

V

En silencio pasamos a un comedorcito: su mesa con carpeta tejida y un elefante alcancía en el centro; su retrato de bodas sobre el trinchante; su plato pintado con la aclaración de que la casa era pobre pero el corazón rico. Luego venía un dormitorio con sus camas y una cuna de madera. Finalmente la cocina, larga y angosta, con una cortina desteñida al fondo (pero de ello nos dimos cuenta solamente cuando la mujer, descorriendo la cortina, dejó a la vista un pasillo).

Seguimos a la mujer por el pasillo y al atravesarlo supe que ya no se podía volver atrás para refugiarse en el mundo aparencial. Ese pasillo podía llevarme al crimen o a cualquier otro acto absoluto de libertad. Y ¿qué estaba buscando al fin y al cabo en ese sitio sino atreverme, poder de inmediato, ser joven como Hermógenes?

Desembocamos en una galería abierta donde tres hombres estaban trabajando en una Minerva. La mujer llama: "Ibáñez", y se acerca un muchacho delgado y morocho.

—Vienen de parte de Manuel —dice.

—Me encargó que le trajera esto —digo sacando el sobre que llevaba en la cartera.

Lee. Lo miro. Cara seria y flaca. Tiene los dedos manchados de tinta. Bigote ralo sobre unos labios finos. Dice: inmediatamente se ocupará de todo, conque gracias por el favor. Lo primero será llevar los antibióticos al compañero enfermo y se alegra de que Manuel esté seguro en mi casa. Pero una cosa le extraña: que Manuel mandara dos personas cuando con una bastaba.

—Lo que pasa —respondo— es que le pedí a Hermógenes que me acompañara, por cualquier cosa; siendo dos siempre queda uno para efectuar el encargo.

—Será (Ibáñez pareció azorarse después de mi respuesta). Ahora, si quieren denunciarnos, ya saben dónde estamos.

—¿Qué hay que hacer para llevar esos remedios? —dijo Hermógenes.

—No, pibe; de eso me encargo yo —respondió Ibáñez.

Era evidente la sospecha. Le digo a Ibáñez si cree que para denunciarlos hacía falta venir hasta aquí. Suficiente con entregar la carta a la policía. En ese momento estarían rodeados y Manuel prendido en mi casa. ¿Por qué íbamos a venir aquí? Lo que está pasando, Ibáñez, es una cosa bien distinta. Pregunto si él siempre estuvo convencido de la verdad por la que lucha. En cuanto a mí —aclaro— este acto de atrevimiento me obliga a tomar, por primera vez, conscientemente, una actitud peligrosa, tan nueva que me cuesta sentirla plenamente, "amoldarme" a ella. Por momentos estoy a punto de caer en la apariencia, sobre todo cuando usted dijo que ya sabemos dónde están escondidos para denunciarlos. Difícil ser consecuente con el riesgo. Vuelve valiente pero no evita flaquear en algún momento. Resultaría sencillo (todavía)

avisar que aquí hay tres hombres trabajando para subvertir el orden. Me perdonarían la protección dada a Manuel cuando invocó a Eliana y toda mi infancia. Acallada mi conciencia retomaría el camino de la normalidad. Pero, ¿es la normalidad o la apariencia? No. No quiero hacer eso. No puedo hacerlo porque Hermógenes es testigo y quiero hacer la experiencia de vivir como la juventud, de florecer como la juventud. Su florecer, Ibáñez, es la acción, la misma por la que Manuel lucha desde el sindicato hace tantos años. Compréndame: trato de sentir y de ser capaz como usted. Trato de traspasar el límite que siempre respeté. Es difícil. Es atroz. Pero por Hermógenes lo haré. Por eso lo traje hoy aquí. Por eso estamos los dos aquí.

—¿Hasta el final? —preguntó.

—Hasta el final.

—¿Hasta el final... final?

—El final —me escuché responder.

Se sosegó. Me lanzó una mirada tierna, casi paterna. Tocó el hombro de Hermógenes para decirle:

—Les tengo fe. Ahora encárguense de Ricardo, el compañero enfermo. Tráigannos noticias, pero vengan de a uno.

Rompió la carta y de nuevo volvió a la Minerva, junto con los otros dos que asistieron impasibles a la conversación. Y otra vez el pasillo, la cortina y el armario de la cocina.

Esa no era la versión del mundo que me dieron.

Al regresar a casa no encuentro a Manuel en la piecita de servicio donde lo había dejado porque durante mi au-

sencia le habían dicho que se fuera cuanto antes para no comprometernos.

No tengo idea de dónde habrá ido y acaso podría estar creyendo que lo delaté, fresco aún el recuerdo de la terca Eliana que ayer nos incitara a confiar el uno en el otro. Me inquieta saberlo solo y suelto en el campo minado de la ciudad.

¿Dónde pudo haber ido si todo resulta peligroso para él? En este momento pueden trampearlo las crujientes escaleras, los corredores negros de hollín, el puente Avellaneda que él cruzaba solo o en medio de la multitud, las callejuelas de barro, el asfalto, la casita de barrio, el aguantadero de la villa, toda la tierra argentina que él ama con su modo propio, de fustigante. Perseguido, todos los sitios son una trampa y le negarán un agujero donde meterse para quedar fuera del cerco que le van tendiendo, a esta altura de su vida en que ha terminado por ser identificable con el sabotaje tanto como por su cara picada de viruela, el andar gacho y los ojos confusos. En algún lugar seguramente debe estar tratando de acercarse a esa línea donde el recuerdo de Mingo no era sólo eso sino la presencia viva del griego, la venia que le daba cada vez que necesitaba su aliento. Cuando parecía que buscaba un sitio donde resguardar su pellejo, en realidad iba, desesperadamente, a buscar un diálogo con Mingo, como lo había hecho siempre, y en la discusión con los otros compañeros hallaba la respuesta, porque todos se habían formado en la escuela del griego, aunque ninguno lo igualó nunca en astucia, conocimientos y en el formidable don de la estrategia.

En algún lugar estará tratando de acercarse al portón de Villa Lugano, o a la pieza donde un hombre herido necesita antibióticos, hombre que para él era nada menos

que un compañero caído en la lucha del pueblo contra la dictadura que volteó a Perón. En algún sitio, en esa permanente jugarreta con el peligro que resultó ser su vida, estará tratando de llegar hasta los suyos para tenderles una mano, o, tal vez, ni siquiera para eso, sino para estar al lado nomás en los momentos difíciles, cuando se necesita un traspaso de fuerzas o vaya uno a saber qué. Porque esta gente me era extraña y yo desconocía a dónde quería llegar con tanto sabotaje y resistencia como se veía diariamente en todo el país. Parecía que un enorme monstruo de millones de cabezas se agazapaba en toda la tierra argentina produciendo pequeños incendios, roturas, interferencias, canales subterráneos, rompimientos de caños maestros de agua, de gas, de luz, sacudimientos inesperados, irrupciones, todo desde la clandestinidad.

También pensaba que Manuel a lo mejor ni siquiera necesitaba de un agujero para esconderse ni de sombras que lo cobijaran porque en todos lados tendría alguna mano que se extendería secretamente para protegerlo. A lo sumo necesitaría dos piernas que talonearan las veredas y subieran a los colectivos confundiéndose con la marea humana, dos piernas que supieran descender prestamente en el momento preciso cuando detectaba el seguimiento, ágiles y duchas para llegar a la meta, listas para escapar nuevamente y escurrirse entre la vorágine de piernas que se movilizan en las calles de la ciudad, arrimándose a las paredes, buscando las sombras, los baldíos y los trenes.

Recuerdo que con esas mismas piernas, yendo una noche sigilosamente al cuarto de Eliana, tropezó con tarros y cacerolas que Waldina había colocado en el trayecto. Esa fue la prueba de que Eliana y el entenado alentaron su pasión. Digo yendo aunque quizá fue volviendo. El

ruido despertó a algunos durmientes de la casa y en especial a quien había colocado las latas para descubrirlo. Lo vieron correr y esconderse en el cuarto que compartía con su hermano: hubo un movimiento inusual en el patio, asomaron caras semidormidas a las puertas de los cuartos y un pensamiento asaltó a todos por igual. Esa misma noche Manuel partió.

Cuando volvió, era dirigente gremial. No faltó quien, conociendo el parentesco y el desorden sentimental que los había sacudido en otros tiempos, le diera a Manuel la noticia de la muerte de Eliana, justo ese mismo día. Así fue cómo se presentó en el velatorio y promovió el audaz episodio de salir dentro del ataúd de la muerta, burlando a sus perseguidores. Desde que lo recuerdo, siempre lo perseguían. Marginal, clandestino, ésas fueron sus características. Volvió dos o tres veces más, siempre como delegado de la FOTIA, cuando el sindicato azucarero local lanzaba alguna huelga.

En esas visitas sostuvimos largas conversaciones: él interesado en que yo alcanzara a comprender la situación del país y aclarara mi visión de la realidad; yo intrigada por conocer la forma en que el bastardo, ex-entenado y eterno guacho, se había colocado en el centro del universo. En una de sus agitadas visitas me llevó el libro *"ALGUNAS MANERAS DE VENDER LA PATRIA"*, del tucumano José Luis Torre, su amigo. Con infinita paciencia me iba explicando cómo, en las ciudades, los banqueros, que eran deudores del Estado porque escamoteaban los impuestos, paradójicamente, se convertían en

acreedores prestando al Estado el mismo dinero que le debían, cobrando altos intereses y crecidas sumas por gastos y comisiones, obteniendo, además, el control de títulos de la Nación. Cómo las fuentes de riqueza del país se entregaban a la voracidad de los trust sostenidos por las Juntas Regularizadoras. Cómo la usura ejercida contra el pueblo sometíalo a una verdadera servidumbre. Del escepticismo. Las mentiras. Las simulaciones. El descrédito y el fatalismo telúrico presentado como factor desencadenante del drama argentino (y americano). Pero donde ponía especial empeño era en hacerme sentir, con lacerante claridad para él, que también mi abuela se había beneficiado con el trabajo ajeno. Escuchándolo no podía menos que recordar a Waldina haciendo constar en largos y complicados recibos firmados a dedo por indios y peones analfabetos, sus patronales insatisfacciones laborales que equivalían a disminución de jornales o bolsas de harina. ¡Maldito bastardo! Sus palabras caían sobre mí como piedras que iban a golpear ciegamente el cariño y el recuerdo de esa mujer excepcional. *¡Cállese, Manuel: parece el demonio!* Y no se detenía, sino que sus palabras subrayaban con fruición el hecho grosero de una supuesta complicidad de todos los miembros de aquella familia ante una no menos supuesta situación de opresión que empezaba por mi abuelo gastando la plata en diversiones y viajes, algazaras y amoríos, siguiendo por los doce indiferentes hijos incapaces de indagar la razón que los hacía merecer una vida sin sobresaltos, para terminar por los nietos (en donde, por supuesto, había que incluirme), prolongación de aquella irracionalidad.

¿Por qué mi suerte me ponía frente a este demonio de lucidez para sacudirme dentro de un pozo de confusión en el que permanecí desde los días en que como po-

sible sucesora acompañaba a mi abuela a regentear ese pequeño sector del universo? ¿Quién me lo mandaba? ¿Qué fin se traía? Manuel también me consoló asegurándome que nosotros, en última instancia, apenas éramos un engranaje en la gran maquinaria de la opresión, porque el mal no estaba en la persona de mi abuela sino en el sistema que nos permitía existir. Me habló de leyes que se estaban consiguiendo para subsanar en parte la injusticia. Entonces me vi en un callejón sin salida: o rechazar como irracional el hecho de que yo hubiera podido realizar una carrera pagada en un colegio privado o aceptar los cambios que se lograban al grito de *"alpargatas sí, libros, no"*. *"—Seguramente nunca oyó hablar de Baring Brothers"*, me dijo Manuel. Efectivamente, ¿cómo iba a saber yo, perdida en un pueblo de la campaña o en un internado de señoritas, en el seno de una familia de ganaderos provincianos, que existía un empréstito concertado en el siglo pasado con la banca inglesa Baring Brothers que todavía se estaba amortizando? Además, la moneda inglesa entraba en mi jerga familiar: al volver de sus viajes por Bolivia y Perú, mi abuelo traía libras esterlinas, producto de la venta de hacienda invernada. *"Ese empréstito se pagó doce veces su valor"*, agregaba incrédulo de mi ignorancia pero más de mi desinterés. Me habló de la concesión de servicios públicos a empresas extranjeras por las cuales el país pagaba muchos millones de pesos anuales en divisas por servicios financieros. Del Banco Central, "un Estado dentro de otro Estado". De los frigoríficos. De la Standard Oil. Pero estos temas tan áridos no me interesaban; prefería reconstruir sus pasos desde el día en que saliera de nuestra casa por el asunto de Eliana. Con su juventud se largó rodando y fue a parar a Tucumán. Allí, oficiando de peluquero, hizo amistad con José Luis Torre, que

empezaba ya a esgrimir su furibundo látigo contra la llamada por él *"década infame"*. De allí, juntos y para ganarse el sustento, trajinaron los más diversos oficios, desde pinches de oficina, obreros de ingenios azucareros, choferes de autos de alquiler, dependientes de ferretería. Torre, que ya apuntaba a la crítica y al periodismo, empezaba su prédica como redactor de un diario en Tucumán y como director de otro. En tanto Manuel, sin formación ni vocación literaria, apuntaba al gremialismo.

De cosas por el estilo me habló Manuel en cierta oportunidad, cuando en su condición de delegado zonal del gremio de obreros del azúcar —la FOTIA— llegó al pueblo para apoyar una huelga que resultó sangrienta para los obreros lugareños que trabajan en el Ingenio, latifundio formado, entre otras, por las tierras que habían sido de Waldina.

Sí, la antigua finca de mi abuela que ella trabajó hasta el momento de su muerte, había sido vendida a los dueños del Ingenio en expansión. Estaba convertida en una gran extensión de cañaverales y bostezaba en ranchería a cuyas puertas asomaban indias como fantasmas terrosos y niños de vientres hinchados que no se diferenciaban de sus perros flacos.

Cuando al atardecer, por el puente de tablones flojos donde Waldina y yo nos accidentamos, y que aún persistía sobre el arroyo, regresaban los indios peladores de caña, no resultaba insensato vislumbrar, entre los vahos polvorientos que subían de la tierra, la alta figura de la abuela llegando a despertar al pueblo dormido.

Carta de Domingo Pulakis a John William Cooke.

Compañero y amigo:

Conociendo que Ud. se apresta a viajar a esta ciudad, paso a comunicarle lo siguiente: el martes pasado por la noche algunos dirigentes obreros de las 62 estaban reunidos en la Casa de Gobierno con Noblía, ministro de Salud Pública, por el asunto de la huelga médica. En medio de la reunión llaman de urgencia al ministro y al volver éste viene pálido y nervioso. Dijo a los presentes: "sugiero que vayamos a otra parte a seguir tratando el asunto porque la Casa Rosada en este momento está sin vigilancia y en cualquier momento vendrán a tomarla". Poco después, cuando todos salían de la Casa de Gobierno, el ministro les dice: "más vale que suspendamos el tratamiento de este tema porque estoy dimitido y el gobierno ha caído".

Aunque la crisis pudo ser superada, el peligro de un golpe gorila es real. Por lo tanto, le sugiero lo siguiente:

1) Suspender su viaje a ésta, porque en caso de golpe, sería muy grave que cayeran conjuntamente la Delegación del C.S.P. y la División Operaciones.

2) La gigantesca maraña que es el peronismo en la actualidad solamente es conocida por Ud. Nadie como usted conoce todos los comandos, los enlaces, el material de que disponemos y dónde está ubicado.

3) Esperar a que pase el peligro. En-

trar clandestinamente, avisándonos la fecha y el lugar del encuentro.

Pulakis

***

Respuesta de Cooke:

Querido compañero:

He aplazado el viaje por consejo suyo y de la Delegación del C.S.P. Partir del supuesto de que el golpe gorila es una invención del gobierno para amenazarnos con "el lobo" es desconocer la realidad del país y la composición de las fuerzas en juego. Los que lo invocan para llevarnos a una transacción son unos descarados o miopes, según la mala o buena fe con que actúen. Pero desconocer tal posibilidad es también una insensatez.

Le recomiendo e insisto en el fiel cumplimiento de las Directivas Generales para los peronistas N° 2, que hasta ahora no se han hecho circular en todo el ámbito del país. Si la masa sabe lo que tiene que hacer, los dirigentes (especialmente los "blandos") deben andar con el pie de plomo y toda maniobra de provocación y entendimiento con el gobierno es bloqueada por la masa como asimismo nadie puede intentar engaños y simulaciones sin ponerse en descubierto a poco andar.

La mejor autodefensa de las organizaciones es que todas conozcan lo mismo que conocen los dirigentes porque así se alcanza la mejor autocrítica basa-

da en la realidad y no en las apariencias. De acuerdo a esas directivas del general Perón hay que:

1) Organizarse en la forma aconsejada en las directivas.

2) Resistencia por todos los medios para obligar al gobierno a cumplir sus compromisos.

3) Para enfrentar al actual gobierno desarrollar una intensa agitación por todos los medios en la misma forma que se hizo contra la dictadura: campaña de panfletos, protestas, desobediencias, paros, huelgas, desórdenes, provocaciones, sabotajes, etc.

4) Pintadas en todas las calles la sigla Perón Vuelve "P" que ya ha aparecido espontáneamente y que al general le parece una idea extraordinaria.

Un abrazo

Cooke

VI

Eliana: faja, calzones largos con pretinas, bajeras de lana tejida aun en pleno verano de cuarenta y ocho grados a la sombra, trenzas coronando la cabeza que movía como los pájaros. Rubia, del altor de Waldina pero con un mezquino estar; aun cuando fresca su piel olía rancia como pétalos que pudre el agua de lluvia excesiva, mayormente entonces que era vieja y solterona.

Sí, pues; daba que hablar. Todos conocían su historia, escandalosa o reprimida, según el criterio del opinante. Pero, se decía, más le valió morirse que llevar esa vida purgando un pecado tan negro, la pobre. Ella no sabía que era medio hermano el delegado. La culpa la tuvo el viejo por andar sembrando hijos en el camino, que nadie debe decir de esta agua no beberé, porque, como dice el dicho: "los hijos de mi hija mis nietos son, los de mi hijo sólo lo sabe Dios". El viejo llevaba ganado invernado a Bolivia, ocasiones llegaba hasta el Perú, y ¿quién puede alegar que le era fiel a doña Waldina, mayormente cuando andaba tanto tiempo por esos andurriales con hacienda y con plata, joven y de buen parecer? ¿Quién puede asegurar que no era un libertino?

Pero sí, Eliana era medio opa la pobre; aunque tenía esa mano para la aguja que era de envidiar y ocasiones consentía en alternar con perros y gatos, pero no con cristiano. A veces hablaba con la india que tuvo el hijo de Pegro Urdimán, el cachafaz al que llamaban Angelito. Pero con cristiano no alternaba ni para pedir la vacinilla cuando estaba en la cama, enferma. Se había malquistado con todos. Pasó la vida tejiendo junto a la ventana porque desde ahí, decía, iba a verlo al delegado cuando volviera a buscarla para llevársela con él. Hijas raras tuvo doña Waldina: la una se quedó solterona, la otra se casó con un gringo, como si aquí no hubiera mozos para ellas. Eran unas puras pretenciosas, siempre estaban suspirando como si les faltara el aire, nariz para arriba. Ninguna de las dos, ni tampoco los varones, salieron a su madre.

¡Pobre Eliana! Por fin aquietaba sus deseos que se fueron secando entre ángeles de hilo macramé, pavos reales bordados sobre terciopelo, cañamazos, bastidores, agujas de crochet, caminos de mesa en punto cruz, manteles inauditos como su angosta figura demorada entre los vahos transitorios de macetas con hiedras y begonias que ella regaba al anochecer. Y justo el día de su muerte, como adivinando, llegó el delegado de la FOTIA, quien supo ser su medio hermano y pretendiente, que Dios le perdone, porque si viviera doña Waldina, por esta luz que nos alumbra, que lo sacaba a guascazos. ¿A qué, pues, se tuvo que llegar al velatorio, entreverado como anda con la huelga del Ingenio, este hombre? ¿Justo hoy tuvo que venir?

Pero es que en sus cálculos no podía entrar la muerte de Eliana, es una casualidad nada más y mire usted que nadie sabe de verdad si es, como dicen, medio hermano de ella. Eso sólo lo sabía el viejo; no hay que olvidar que

cuando llegó de un viaje y vio en su casa a los dos entenados dicen que preguntó quiénes eran esos mozos, dando a entender que no los conocía. El viejo no era de ocultar filiaciones por más respeto que le tuviera a doña Waldina; era un hombre de ley. Que era medio hermano es algo dudoso; nunca nadie lo aseguró. Y aunque pudo ser cierto también se puede dudar. Por algo vino el delegado, a lo mejor la ha querido, quién lo puede saber. Al venir se está exponiendo a que lo apresen, la huelga está brava y los patrones no dan brazo a torcer. Habrá venido a despedirse de ella, le habrán dicho que siempre lo esperó. A mí me han enseñado a respetar.

Manuel se arrinconaba escoltado por los compañeros del sindicato, pálido y sudoroso. Había vuelto, después de muchos años, a traer el apoyo de la zonal para el sindicato local en huelga. Rato después vinieron a avisarle que la casa estaba rodeada. Fuerzas del orden al servicio del Ingenio. Malas noticias. La casa era una ratonera. De ésta no escapaba. Gravedad del caso. Cavilar entre ellos. Voces bajas, opiniones diversas, ansiedad. Miradas astutas de los dolientes, las rezadoras y vecindario presente. Manuel en su círculo había dicho desafiante: *me prenderán si son brujos.* Ya se perfilaba el aprendiz de Pulakis, el discípulo del griego escurridizo, el acopiador de lecciones del mitológico Mingo, el futuro dominador del arte de escabullirse. Con una mirada iluminó su idea. Enseguida vinieron rápidas conversaciones entre ellos. Luego nos llamaron a los deudos a engrosar el círculo. En voz baja Manuel nos dijo bien claro que Eliana, a quien profesara un gran cariño, debía cederle el cajón donde reposaba. Estupor. Respingos. Alarma entre los parientes. Respuesta de los obreros acompañantes: de dejarse apresar Manuel, si lograba salir con vida, quizá quedaría estropeado para siempre física

y moralmente, en tanto la huelga se habría perdido por el desprestigio que significaba que el delegado regional cayera preso. Cundiría el desánimo, caerían más bajo, lo cual iba a traerles más hambre, injusticias y desocupación.

Lentamente fuimos accediendo ante el acoso de un hombre; acaso éramos impulsados por una Eliana pálida y reprimida. Ella había amado a ese hombre acorralado. ¿No se estaba haciendo un poco razonable y justo que accediéramos a su pedido? Tantos años habíamos sentido su rencor que nos pareció que así desagraviábamos a Eliana. Que bueno. Que lo hacíamos obligados por la fuerza de la situación. Que así nos pagaba Manuel lo que de nosotros había recibido. Que era por humanidad. Que él y sus compañeros trataran de no llamar la atención, por el respeto que merecen los muertos cuyos cuerpos no deben andar de boca en boca ni de vejación en vejación. Que se fuera y no volviera más porque su llegada a nuestra familia siempre había sido motivo de inquietud. Y por último le dijimos que si él, Manuel, no tenía agallas para enfrentar las desventuras de la política, para qué se metía en esos berenjenales y arrastraba con él a los pobres obreros e indios peladores de caña que sólo querían comer y vivir en paz.

Cuando Manuel comunicó a los presentes lo que iba a suceder, ese cambio que, para salvar la vida y la libertad, estaba dispuesto a realizar, todos le demostraron adhesión y se dispusieron a secundarlo en la ceremonia. Callaron las murmuraciones y se hermanaron en la burla. "*La solidaridad de ustedes es la solidaridad del pueblo; el pueblo se ayuda en la desgracia; si me agarran a mí es como si fuera cualquiera de ustedes, así que me siento fuerte y me prenderán si son brujos*", dijo Manuel. Eliana fue llevada a su habitación. Al colocarla nuevamente en su cama, las

trenzas caídas sobre el pecho y el ocre de su pelo zigzagueando sobre el lila de su vestido de muaré exultaban la capa tornasolada con incrustaciones bordadas que le habían puesto. Ese día muchos de nosotros entramos por primera vez a su cuarto.

El burlador fue sacado dentro del ataúd. Algunas mujeres de obreros y las rezadoras que de pronto se encolumnaron, lloraban un llanto perlado y tedioso, desierto de sollozos y uno se preguntaba si la turbulenta Eliana habría deseado una escena más excitante para su funeral.

VII

En algún lugar estará buscando la forma de escabullirse como tantas veces tuvo que hacerlo desde que se vino de Tucumán en una última escapada dejando el campo de acción. Se vino y en Gerli fue que conoció al griego Domingo Pulakis sellando una amistad hasta la muerte del griego. Allá en Gerli fue que Mingo le enseñó a sacar punta a los clavos miguelito para pinchar las gomas de los camiones con crumiros. En algún lugar estará recordando las manos quemadas por los ácidos del griego, su campera gastada y su sonrisa fraterna. ¿Quién sino Mingo lo perfeccionó en su capacidad de eclipsarse, borrando todo rastro, de transparentarse y diluirse?

—Hacete humo —le decía—; yo sé lo que te digo. Rajá.

Y desaparecía. Hasta que el griego iba a buscarlo donde estaba escondido.

—Se acabaron las vacaciones.

Y otra vez a luchar en el sindicato. Mingo había caído muchas veces. Preso en un barco, preso en Caseros y en Esquel, era el consuetudinario de las cárceles. Pero siempre reaparecía dando muestras de ese arte increíble que dominaba como nadie y que consistía en quebrar la invul-

nerabilidad de los muros, de las rejas, de las guardias. Su técnica consistía en usar la astucia mediterránea dentro de una capacidad propia producto de su nada común ingenio y una rápida adaptación para maniobrar con los hechos o las situaciones más insólitas. Vaya a saberse en qué forma (¿saltando cercos, abriendo túneles, vestido de mujer?), la cuestión era que Mingo reaparecía siempre en Gerli con su carota ancha, calzando anteojos de miope, y con la eterna campera de cuero que siempre usaba. En alguna parte estaría recordando que si Mingo hubiera estado vivo con seguridad que no habrían pasado tantas cosas vanas y tristes, no habrían fracasado tantas huelgas y hasta la bondad de Mingo no se hubiera perdido como algo inútil, deshecho por la rabia e impotencia que produjo su muerte sin sentido. Si Mingo no hubiera muerto él no se sentiría hoy acosado y tambaleante. ¡Pobre Mingo! Era solo y pobre, ni libros tenía él, que tanto los amaba, que tantas cosas había estudiado en su patria de origen. Todavía le parecía mentira no encontrarlo al salir de la curtiembre donde trabajaba. ¿Qué haría hoy Pulakis, si viviera? ¿A dónde iría? En algún lugar se estaría preguntando qué haría el griego miope, de corazón de oro, el químico-filósofo-curtidor-hermano-padre y tantas cosas como fue para los muchachos de Gerli y del sur del Riachuelo. Desde que conoció a Mingo siempre lo vio hacer las cosas como si fuera lo último que hacía. En algún lugar estaría convenciéndose de que Mingo, si viviera, iría a Villa Lugano con Ibáñez y los otros muchachos de la Minerva, llevándoles el último centavo que le quedaba, la última sonrisa, el último aliento. Se encaminaría hacia el portón de Villa Lugano hablándose a ratos en castellano, a ratos en griego, cosas como *yoín o kíndinos estín*, que él explicaba quiere decir algo así como *vivir es peligrar*

y que hace muchos siglos las había dicho otro tipo corajudo que a lo mejor andaba a los saltos. Mingo siempre encontraba en cada hombre una brizna de bondad dentro de él y que a veces no se atrevía a sacarla afuera. Era muy inteligente, había estudiado muchas cosas en su tierra a la que no olvidaba, y había venido aquí de puro loco, de aventurero y lírico que era. Siempre decía: *no se olviden: primero está la patria, después vienen los hombres.*

En algún lugar debe estar pidiéndole la venia a Mingo, si debía ir a Villa Lugano. Muchas veces, cuando tenía la cosa resuelta, ahí precisamente el griego lo disuadía: *va a haber lío, quedate.* O si no: *va a haber lío, pero tenés que ir lo mismo.* Olía el peligro y sabía cómo conjurarlo. Hasta la noche aquella, la fatídica noche en que apenas alcanzó a decir: *pibes, salgamos que va a haber lío.* Ni tiempo de levantarse tuvo. Ahí nomás quedó, él en su silla y Salazar en la de enfrente. Al principio pareció que seguían sentados, conversando, en la pizzería, pero pronto rodaron por el piso. Pobre Mingo: era una de las contadas veces que se daba un respiro para tomarse un moscato.

En algún lugar de la ciudad el recuerdo del amigo lo decidía a converger en el portón de Villa Lugano, oliendo y esquivando el peligro. ¿Era el recuerdo de Mingo eso misterioso que lo impelía a acercarse al foco de la instantánea, a plena luz del día, a las tres de la tarde bajo un sol ardiente, sabedor de que lo perseguían pero que, sin embargo, él debía ir igualmente; gacho, ya engrosado por los años; igualmente debía arrimarse al foco para probarse, sentirse libre después de ganar su libertad?

Camina sondeando con las antenas de su espalda. Se arruga, se desencarna o metamorforsea según las circunstancias. Por undécima vez da vueltas y marcha atrás para llegar al portón. Mingo le había enseñado a cambiar colec-

tivos, a subir ascensores imprevistos, a entrar en los cafés de las esquinas por una calle y desaparecer por otra, a usar peluquines que él mismo preparaba. Algunas veces le indicaba ir al peluquero de Barracas a buscar el cabello que le guardaba para las pelucas.

—Andá, que el peluquero me avisó que una mujer se hizo cortar un pelo espeso y largo y me voy a hacer una peluca que ni mi madre, allá en Corinto, si me viera, sería capaz de reconocerme.

Y lo veía trajinar el cabello en la malla que le servía de casco, con una paciencia de hormiga, con la misma paciencia con que enseñaba a leer y escribir a la muchachada de Gerli. La primera vez que Mingo le habló de usar peluca, Manuel no entendió bien y le preguntó:

—¿Cómo es eso, Mingo? ¿Con peluca es la cosa? ¿Hablás en joda?

—Qué joda. En serio. ¿Cómo creés que escapé tantas veces? Con peluca, pibe, avivate.

Y se avivó, porque Mingo había logrado escapar nada menos que de Esquel, en una de las peores época de la Libertadora que les había tocado vivir, cuando los comandos se organizaban solos, sin dirección y aún no habían llegado las instrucciones del general Perón que estaba en Panamá. Un día Salazar fue a buscarlo donde él se encontraba escondido y le avisó:

—Mingo escapó. Quiere verte.

Salazar estaba alegre como un chico. Le bailaban los ojos y sacaba y metía las manos de los bolsillos vacíos. Traía un paquete con una peluca que Mingo había confeccionado y se la entregó diciéndole que se la pusiera. Manuel dudó y Salazar se la puso. Las marcas de viruela resaltaron, parecía más viejo y se fastidió:

—Al diablo. No me pongo eso.

—¿Sos loco? Mingo se va a enojar. Ponete y sanseacabó.

—Y ¿en qué vamos?

—Cómo en qué vamos: a pata.

Salazar se había venido caminando desde Gerli; tres meses que lo habían echado de la fábrica y en ese tiempo no estaba Mingo para darle una mano como hacía cada vez que lo veía en la mala.

El griego debería estar ahora con él para aconsejarlo. A Mingo se le dormían los ojos miopes cuando estaba tramando algo y, a mayor actividad de su cabeza, más dormidos parecían. Siempre estaba batiéndola: "*a mí no me va a pasar nada, muchachos, yo soy como el Ave Fénix.*" Como el Ave Fénix. Cuando se la dieron, se la dieron con una 45, y ni tiempo tuvo de levantarse de la silla. Tantas veces escapó que lo creían inmune o renaciendo de las cenizas. Hasta la noche fatal. La definitiva, en la pizzería donde había entrado a tomarse un moscato. Los muchachos de Gerli y Avellaneda no podían creerlo y a él mismo se le hacía a veces que iba a encontrarlo al salir de la curtiembre, con su campera de cuero y su carota a medio dormir. Debería estar aquí para ayudarlo a tomar una decisión rápidamente, antes de que sea tarde para él y su comando clandestino, es decir para Ricardo, Ibáñez, Rogelio que alquiló la casa de Villa Lugano, el otro pibe tan joven que trabaja en la Minerva, para muchos otros comandos ligados al suyo, para el Movimiento y para millones de argentinos peronistas que sufrían el terror, la tortura y el crimen. "*Un agujero en la pared, Mingo, un disfraz de mujer, cualquier cosa; la cuestión es salir de ésta*", seguramente estaría diciéndose. Seguramente recordando.

Pero cuando llegaron las instrucciones era otra cosa. Cuando pudieron ponerse en contacto con Perón y regresó el emisario que ellos habían mandado con un informe

de todo lo que hacían, se hizo una reunión importante para leer las instrucciones. Después de leerlas surgió la necesidad de imprimirlas y hacerlas circular entre el grueso de los compañeros y ahí fue que Mingo dispuso formar el comando que se encargaría de la imprenta mientras él seguía además con el suyo propio que era montar un laboratorio de explosivos. Mingo se conectaría con los dos. Ibáñez, Ricardo, Rogelio y un chiquilín al que decían Pipo, en Villa Lugano se ocuparían de la imprenta. "*Y vos*, —le dijo— *vos, tucumano, vos tenés que llevar y traer.*

Aquel mensaje de Perón fue como una bomba. Trastabillaron unos y se reconfortaron otros. Fue decisivo para todos. De ahí se desprendía la verdad. Mingo esa noche habló en la reunión y estuvo bárbaro, claro y conciso como siempre. Dijo algo así como: "*Muchachos, somos una inmensa masa que, por las prisiones y persecuciones, está desorganizada. No importa. Debemos seguir con la lucha activa en todas partes. Cuando salimos éramos tres gatos; ahora hay comandos clandestinos por todos lados. Fíjense que las instrucciones dicen: resistencia civil. Perón nos dice que los golpes militares no le interesan al peronismo; no es una solución salir de una dictadura para caer en otra. Escuchen bien. Perón dice: la única solución aceptable para nosotros es la voluntad del pueblo que solo se ha organizado en comandos clandestinos. Dice: la acción de las fuerzas del pueblo son las operaciones de resistencia y no los cuartelazos.*

¿Se dan cuenta muchachos? —seguía diciendo Mingo— *con esto Perón le da una patada a los que sueñan con los golpes y en cambio nos apoya a nosotros que no nos escondimos debajo de la cama ni transamos con el gobier-*

no. La clandestinidad se movió y seguirá moviéndose ahí donde los pusilánimes esperan la solución militar.

Esa noche Mingo creó el comando para imprimir los mensajes del general Perón y los comunicados que el movimiento necesitaba hacer circular.

Y así había venido la cosa. Al principio nadie pensó en organizar a millones de personas, bajo la persecución despiadada y con el jefe a cinco mil kilómetros. Ni falta que hizo. Pero, se llegó a "cierta organización", espontánea. Hicimos grupos —comandos— que, llegado el caso, encabezarían la insurrección, mientras tanto cumplíamos funciones de hostigamiento a la tiranía. A la organización había que crearla en la ilegalidad, con paciencia y desde abajo; eso era lo que siempre decía Mingo. Hay que actuar simultáneamente en las estaciones de subte, de trenes, en centrales telefónicas, porque, seguía diciendo, al sabotaje hay que darle un carácter orgánico y no indiscriminado.

Un día fuimos con Mingo a una reunión de otro comando en Villa Martelli. Allí estaba el general Tanco quien, para cerrar el acto, habló. Cuando volvimos a Gerli, Mingo en su casa, resumió los errores cometidos por Tanco de esta manera.

Errores:

- Asistió a una reunión de gente que él no conocía.
- Exhibicionismo innecesario.
- Puso de relieve un golpe militar que estaba preparando con otros oficiales.
- Pérdida de tiempo y riesgo inútil.
- Metodología de acción no aconsejada por las instrucciones de Perón y la voluntad del pueblo.
- Desconocía la función de organizar civiles.

- Contó con un apoyo civil como si fuera efectivo y concreto.
- El general Tanco era un conspirador no confiable.
- Deducción: no confiar en los cuartelazos.

La lucha recién comienza —decía—. Va a ser larga.

Manuel también recuerda que ya habían pasado varios años desde que el general Valle y sus heroicos compañeros yacían bajo tierra luego de fracasar el levantamiento que planearon en un afán de justicia y de amor por la patria. Y aunque el recuerdo teñía sus ojos y se le anudaba la garganta, no por eso, ducho como era, dejaba de estar alerta y con las antenas en acción. De a ratos siente que lo siguen. A veces en un automóvil, otras a pie. Para despistar, deambula por calles con nombres de pájaros, en Liniers. Sube a un colectivo. Baja en una calle, de improviso. Camina al azar. Inútil. Siente que lo están siguiendo. Por fin, resuelto, se dirige al portón de Villa Lugano. Entra.

VIII

Arena, viento caliente de agosto, chiquillos alborotados por la llegada del circo. Desplegar la carpa como una flor y el circo aparecía misterioso y alegre con sus payasos truculentos, la mujer barbuda, John and Robert los ases del trapecio, el descomunal elefante, la cebra, los caballos. La magia patente. Llegar el circo inesperadamente y de golpe se iniciaban las corridas de Eliana para calentar los rizadores, llenar de brasas las planchas para asentar la ropa. Polvo de arroz y agua florida emergían de cajas y frascos e iban a cubrir palpitantes mejillas, cuerpos desgastados y jóvenes, cetrinos y blancos. Tiempo de la magia contenida en broches que se desprendían, frunces que se aficionaban entre ellos, bolsillos que no se abrían o se desfondaban, ruedos que reían por sus bocas sin dientes, horquillas oxidadas, collares vacíos, anillos perdidos. Tiempo del Rosal de las Ruinas, El Puñal de los Troveros, Martín Fierro. Llorar y reír al mismo tiempo. Totó, el tony, se dejaba golpear sonoramente la mejilla y rodaba por tierra enredado en sus enormes pantalones. La mujer barbuda (tutú de tafetán color naranja, zapatillas de baile haciendo juego), rolliza, era la mujer del saxofonista del

circo. Paseaba por la platea la autenticidad de su barba que empezaba a encanecer. Cuando salían John and Robert, Eliana se apretaba a sus hermanas en relación con el paulatino oscurecer de la pista y el suspenso que creaba la orquesta, y, en el momento del salto mortal en el trapecio, se tapaba los ojos, mientras Waldina sin pestañear suspiraba hondo. El hambre de ficción de los espectadores era satisfecha en la arena del circo por los actores que hacían vibrar hasta los tuétanos a los presentes, dispuestos a compadecer y sufrir el drama de los personajes. La comunicación entre artistas y público quedaba sellada por no pocos vínculos sentimentales entre soñadoras señoritas lugareñas con payasos y acróbatas y seguidores del circo que año tras año sentían despertar su vocación trashumante, como ocurrió con María Troncoso y Rufino el regador. Uno y otra escaparon con el circo abriendo el camino a muchos otros. Cuando se fue el Rufino, las calles desmoronaban el rastro de los ausentes y las casas parecieron sepultarse bajo el polvo. Al hacerse el tierral insoportable, Waldina mandó cargar bordalesas con agua e hizo regar las calles, lo que impresionaba como un llanto inmemorial. No faltó quien creyera ver en la lluvia de polvo un castigo por la desmedida afición circense de los habitantes del pueblo. María Troncoso iba a casarse con Gabriel el entenado, pero llegó el circo y ella se escapó con el domador. María Troncoso era una muchacha pálida y ojerosa hija del repartidor de leche, el más antiguo empleado de Waldina. Ya se había fijado la fecha para el casamiento por lo que la huida fue tomada como una desobediencia y un reto para Waldina. Ella había dispuesto todo, desde la vivienda, los muebles y la ropa que María debía usar el día de la boda. La mirada de Waldina rígida, ordenadora, perturbaba a la muchacha que, sin

embargo, para librarse de ella se enamoró del domador. Eso, como decían muchos, era salir de las brasas para caer en las llamas. Gabriel guardó su humillación y siguió al lado de Waldina como su brazo derecho y el más empecinado sucesor. Detrás de María otras jóvenes alardeaban año a año de aventureras y de la noche a la mañana desaparecían con el circo. Salían a correr mundo, ilusionadas. Creían que más allá de los confines del pueblo estaba la felicidad. *Cada gallo canta en su muladar*, decía Waldina guardando dentro de ella la última brizna de rencor y, recomponiéndose, de nuevo estaba en las madrugadas lista para subir al sulky y marchar a la finca a dirigir el trabajo diario para el que demostraba tener más fuerza que varios hombres.

Al amanecer pasa el viento corriendo carrera con la mula. Corre la mula por el camino estrellado y levanta el viento de antes de la paralización, que es cuando se rompe el aire con la luz que llega y todo se queda quieto, desde las hojas y los bichos invisibles que afuera tienen latido como el corazón adentro, hasta el miedo de que el mundo se quede sin moverse hecho estatua, estatua la gente, los árboles con los pajaritos que se echaron a dormir en las ramas y el agua que corre porque así tienen que ser los ríos. Solamente se salvan las lombrices porque abajo no llega la estatuación. Después se produce el amanecimiento del día para volver las cosas como antes estaban. Y vuelve Waldina a seguir rezando bajito, moviendo los labios como si todas las palabras empezaran con sss, sin fijarse en lo que está sucediendo con la desaparición del

regocijo de siempre porque allí estaba el pedazo de masa reservado para que yo hiciera mis muñecos y bollos. Waldina ubicada en el centro de la cocina detrás de una gran mesa comenzó a dar órdenes sobre la tibieza de la salmuera, la terneza de la grasa, la calidad del cernidor, reservándose para sí el mojar la harina y el corte de la masa en el momento apropiado, circunstancia en que ella misma la transportaba envuelta en lienzos a la máquina de sobar, cuyo torno daban vuelta sus peones ayudantes. Iba y venía por la cocina vigilando el sobado de manera que el espesor no se hiciera chirle; después comenzaba la amorosa tarea de dar forma trivial o antropomórfica a ese cuerpo compacto y dormido, tibio aún sobre el mesón. Sus manos tajeaban ágilmente el centro de pedazos aplastados en las estribaciones finales y con una joroba en el centro, redondeaban los bollos mezclando masa blanca y morena en estrías cálidas y finalmente iban sacando hombrecillos, cuernos, ochos, roscas, bastones, mientras mandaba a controlar el horno indicando, según el tiempo en que se iba desarrollando el amasijo, los troncos de leña que correspondían. Horneadas, contadas las piezas, tapadas con lienzo, se apretaban en grandes canastos hasta la distribución que también la misma abuela realizaba, a la hora de las comidas de la familia y de la peonada.

Aquel día se acostó tarde pero a la madrugada ya estaba despertándome, como lo hacía desde un tiempo imprecisable. Me vistió y salimos al patio, trepamos al sulky donde ya estaban ubicados el Amaurio y un peoncito y nos dirigimos a la finca. Con las estrellas en el cielo, la veía ordeñando el contenido de varios tachos de leche a la par de sus peones; dirigir la matanza de vacunos; hacer acomodar docenas de huevos, recoger el sebo con que después fabricaría velas, porque ésa era la tarea que

se había impuesto desde que su marido más lo pasaba ausente viajando hasta el Perú, vendiendo ganado y entreteniéndose en querencias que tenía en el trayecto.

Cielos, estrellas, viento fresco del amanecer, no me subyugaban tanto como los labios de mi abuela que con un bisbiseo misterioso se movían rezando el rosario. Acurrucada sobre sus rodillas, con miedo y sueño, debía soportar el peso de la vida. Al doblar el camino aparecía un puente de tablones flojos que atravesaba un arroyo pedregoso; los matorrales llegaban hasta el puente que, todos los amaneceres, cruzábamos con estremecimiento. Ese día la mula se empacó. Ciega, reluciente y mañera la mula permanecía terca delante del puente, empecinada en no pasar. Llovían latigazos que le propinaba el muchacho, el mozo de mano. Waldina, dejando de rezar, dice: *déjenla; la Nena y yo vamos a bajar; llévenla de las riendas.*

Pero el Amaurio toma las riendas y el látigo y castiga a la mula él también. El animal arranca y junto con el empellón se oyen los gritos de diversos pavores: la abuela grita, el aire grita, los pájaros gritan. El sulky vuelca y caemos al arroyo, yo más lejos que todos, con la cara dentro del agua. Viene el peón y me saca arrastrando: tengo magullado todo el cuerpo. Luego, entre el muchacho y mi tío traen a la abuela: Waldina viene lívida, boqueando, los ojos entrecerrados, y quejándose que da lástima. Ella, tan grande, parece chiquitita. Me parece un sueño verla así tan desvalida a la dueña y señora. La arriman contra los matorrales. Mi tío dispara al pueblo a buscar un auto para llevarla y yo me quedo junto a ella. Mientras el peón sale al camino a atisbar el auto, mi abuela comienza a agonizar. Tengo menos de siete años pero comprendo que se trata del misterio, un misterio esponjoso y sordo, sin la vibración a la que me tenían acostumbrada los resquicios,

las roturas, los olvidos, los abollamientos, los agujeros. La veo temblorosa. Me acerco a ella, la beso, paso mi mano por su frente; ella quiere levantar sus ojos pero no puede; apenas si dice: *ay, hijita.* Es la primera vez que oiga quejarse pero comprendo que es la forma con que uno se defiende (¿de quién? ¿de qué?). Una sensación de impotencia cae sobre mí, sobre mi abuela. Nadie viene. El tiempo es largo. A veces me parece ver la cara del muchacho asomar entre las matas; atisba y desaparece. De nuevo quedo sola con mi abuela a quien el aire lastima cada vez más. Entonces se realiza una ceremonia entre mi señora abuela y yo. Aunque se queja que da lástima parece resignarse, sus quejidos son más hondos y débiles y ella entra en somnolencia. Pienso: alguien va ganando (¿mi abuela? ¿lo otro?). Sigo sola y hundo mi cara magullada en sus faldas. Hace frío y siento que voy traspasando el calor, la energía, el trágico sino del cuerpo de Waldina al mío. Es lo que corresponde. La ceremonia se realizó sin palabras. Cuando llegan a buscarnos todos se abalanzan sobre nosotras: nos palpan, nos revisan, nos abrigan, nos abrazan. Rápido nos acomodan dentro del automóvil, los demás vienen del lado de la ventanilla, entre los que veo a Matiasa llorando. Ella va recostada, pálida y sudorosa, y a medida que sus ojos ya no alcanzan a tenderme una mirada comprensible, la voy reteniendo dentro de mí para siempre.

Así me quedo sosteniéndola cuando colocan su cuerpo todavía tibio sobre su cama junto al del Amaurio que comenzaba a enfriarse agujereado por un balazo en el corazón.

... Y cómo no dice nada Waldina que sabe decir palabras con música, y ahora solamente tiene quejidos para decir que le duele adentro y afuera, afuera y adentro, una fuerza que muerde encogiéndola, otra que le suelta la quejumbre, hasta que una de las dos parece que va ganando y la abuela se calla como aquel día que le viborearon con un hálito el espejo de mango labrado en que se estaba mirando. *Es una lastimación del aire*, le dijo Matiasa para hacerle ir el callamiento, pero Waldina igual no habló más ese día y se llevó el espejo a su cuarto y lo guardó en uno de los arcones, bien en el fondo, para que se le fuera la empañación. Y estuvo callada como ahora, y nosotros salíamos a la hora de la siesta a jugar en el Jardín del Lero. Después, cuando quería peinarse, llamaba a Matiasa para que le destampara el pelo. Matiasa soltaba una compuerta trepitante, compuerta de un río cobrizo que bajaba bramando hasta sus hombros y era como las raíces de un árbol oloroso que iban a sombrearle la espalda. Ella entrecerrando los ojos, Matiasa que destrenzaba y volvía a trenzarle el pelo. Y cuando ella iba quedándose dormida, con el río volcado sobre la espalda, ahí Matiasa le empezaba a hablar de la felpa musgosa que había crecido entre el ladrillo de las paredes. La abuela, entonces, se acordaba de la Flor del Ilolay: *¿que no saben que esa flor misteriosa hace ver a los ciegos? Es como una chispa que les pasa por dentro, como una desgarradura que sienten los ciegos al mismo tiempo que les hace ver lo que no.*

Ahí nosotros salíamos corriendo a buscar la flor del Ilolay, pero nos alcanzaban sus gritos de que la flor estaba en el fin del mundo, que es donde empieza el agua solamente y uno se puede ahogar por la falta de sustentación y por los desfiladeros que vertigan. Lo lejos parecía

más lejos cuando la abuela se quedaba, así que regresábamos a ella que ya iba por el final del cuento:

no me busques, no me busques
ni me dejes de buscar...

Abuela: ¿cuál de los tres hermanos encontró la Flor?

Ya había sucedido aquello de que los mayores mataban al menorcito por la envidia que le tenían y le quitaban la Flor que él había encontrado, que así era el sucedido de lo que pasó con los hermanos, y el contar de Waldina se volvía como un hilo que se estaba por quebrar cuando el menor quedaba tirado, muerto, junto a los cañaverales, y los otros salían corriendo con la flor del Ilolay y se la llevaban al padre que estaba ciego y con esto se iba a curar.

Pero el padre, aunque ganaba la vista, perdía el contento al no ver a su hijo menor, preguntaba por él y le decían que no había vuelto del fin del mundo. Sin saber lo que pasó el padre salía a buscarlo hasta que un día el viento del cañaveral trajo patente la voz del finadito cantando triste:

no me busques, no me busques
ni me dejes de buscar,
me mataron mis hermanos
por la Flor del Ilolay.

Venía entonces el desgarramiento de ver lo que no, la quebradura del hilo, el chispazo que pasa por dentro, Waldina callaba como el día que le viborearon con un hálito el espejo de mango labrado en que se estaba mirando, y como ahora, que se queja solamente y me va dejando sola junto al arroyo que tiene un puente de tablones flojos.

IX

En uno de esos momentos fieles a la sucesión de voluntades que los tuercen obligándolos a ser el momento hecho de varios anteriores y el que se va perfilando como foco, el del suceso, el definitorio, el momento de muchas horas previas y el que sucede, el de ayer en el de hoy y en el de mañana, derramado del tiempo grande, aquel en el que los hombres han empleado para conocerse, entenderse, intuir, convencerse, decidirse, atreverse y amarse u odiarse, en el momento de la verdad, simultáneamente y por distintos caminos Manuel y Hermógenes están tratando de acercarse a la casa de Villa Lugano para hacer foco en la instantánea donde ya está perfilándose la cara de Ricardo afiebrada y con ramalazos de delirio.

Manuel viene sondeando con las antenas de su espalda el seguimiento. Lo siguen. Intuye y lo siente. Lo siguen. Para despistar deambula por calles con nombres de pájaros, en Liniers. Toma un colectivo, baja, vuelve a subir a otro; camina. Entra en un café por una puerta lateral, sale por la otra calle. Camina al azar. Inútil. Siente que lo están siguiendo en un coche. Siente una sombra hosca pisándole los talones. Pero sigue. No tiene a dónde ir. Por

lo tanto, sigue. Sabe que ellos son tan obcecados como él y como Mingo, si viviera. ¿Qué haría el griego en estas circunstancias? Por fin, en una calle perdida, resuelto, sube al último colectivo que lo llevará directamente a Villa Lugano. Mira su viejo reloj: van a ser las tres de la tarde de un día caluroso y húmedo. Llega al portón de chapas de cinc y entra.

Ibáñez, Rogelio y Pipo lo reciben alborozados y él, saludando apenas, pasa de inmediato a hablar:

—No se asusten, pibes; todo el día me siguieron y cuando creí que los había despistado, el tipo de la esquina me parece que es uno de ellos. La gran siete, habrá que escabullir el bulto, nomás. Desensillar hasta que aclare como sabe decir el jefe. Desapareceré por un tiempo, muchachos. A ustedes también les aconsejo despejar. Cada carancho a su rancho. Creo que es lo que haría Mingo si estuviese aquí. Hay moros en la costa. Si no reciben noticias mías, dentro de un mes, otra vez aquí. A vos Rogelio se te proveerá para el alquiler, hay que pagarlo con puntualidad, decile a tu mujer, no sea cosa que se presente a husmear el patrón. Bueno. ¿Cómo sigue Ricardo? Recibieron mi carta, ¿no?

Que sí. Que la recibieron. Vinieron una señora bajita que dijo ser su pariente y un muchacho, Hermógenes. Parecen ser de confianza. Ellos, mejor dicho Hermógenes, se están ocupando de Ricardo.

De Ricardo en un tren velocísimo que recorre puentes colgantes entre precipicios. En el vértigo el aire es fresco y blando cuando no le hacen tragar esa cosa amarga que

le revuelve las tripas. El tren corcovea sobre el riel rameando los manubrios como bigotes de plata. La toalla se le desliza desde el cuello humedeciéndole pecho y espalda. Alguien exprime la toalla y su cara se aleja, tan lejos como los picos de las montañas. En cambio lo cercano es el precipicio. Si el tren se detuviera ahora en el vacío, no pasaría nada. A lo sumo podría distenderse un poco, pero después volvería a su anterior posición.

Afuera de la ventanilla el viento frío que pasa silbando no consigue apagar la voz que ordena: "*abrí la boca, abrí la boca*". Y abre la boca para tragar con asco. El tren arranca con fuerza y es entonces cuando puede ponerse a pensar en Manuel que no acaba de llegar y él en esa esquina esperándolo, como tantas veces en otro tiempo había esperado a Mingo. Y en lugar de Manuel: ellos. ¿Cómo llegaron? ¿De dónde aparecieron? Salta al baldío y se agazapa, pero los otros también, y entonces ve que uno viene caminando por la tapia, alumbrando con una linterna. Corre. Una bala lo alcanza. Apenas puede saltar la tapia de nuevo y en la vereda lo recoge Manuel (por fin había llegado, era como Mingo, aparecía de golpe, de abajo de la tierra). Después el tren. Este tren interminable y estas medicinas asquerosas que le meten en la boca.

Hermógenes llega al portón de chapas y empuja la puerta porque a las tres precisamente comprendió que dejaba la prisión de la apariencia para entrar en la realidad. En el patio, la mujer, como una autómata, juntaba agua de la canilla averiada. Pero cuando, casi en secreto, le dice que ha venido Manuel y está ahí adentro, se le ponen los ojos brillantes. Atraviesa el pasillo y llega junto al grupo que parece aventarse sus temores. Hermógenes llega con su aire de principiante y comunica que Ricardo está mal, pasó la noche muy mal, sacudido por la fiebre

y el delirio. ¿No será mejor llamar a un médico para que lo vea? Los antibióticos no parece que lo estuvieran curando. Los del grupo no pueden parar la inquietud. Y lo acosan a preguntas: *¿dónde está la señora bajita? ¿Por qué no ha venido? ¿Está seguro de que no es una delatora? ¿Cómo sabe que no los vendió a todos?*

—Ya vendrá —dice Hermógenes—; de un momento a otro aparecerá por aquí. Me dijo que hoy vendría; a las tres.

Pero se calló de decir que notó algo raro afuera, como una lastimación en el aire. No quiso alarmarlos, pero de golpe tuvo la seguridad de haber sentido una sombra que lo seguía y que varias sombras paralizaban el aire de la calle. Había pasado la noche cuidando a Ricardo; a media mañana fue a su casa a avisar a su madre que estuvo cuidando a un enfermo sin familia; comió y cerca de las tres había salido para Villa Lugano. Al llegar, el portón ya no era como la primera vez que vino, sino que parecía ser su propia palpitación. Sólo un viejo camión dormía en el silencio quebrado de la siesta como si la vida de esa calle hubiera sido detenida o paralizada. Era extraño ese silencio de un aire poblado. Parecía querer no decir nada pero por eso, precisamente, hablaba. Ahora Hermógenes estaba allí y sabía por qué. Pero prefirió no decir nada.

Conocer a Ricardo no fue un acontecimiento vano para mí, aunque los que le metieron la bala y lo hicieron sufrir puedan decirse: ya está, se acabó, ahora dejará de conspirar; se ha puesto orden en este caos. Si bien atraviesa el sufrimiento entre ramalazos de fiebre —y sin saber

quién soy—, conocerlo no fue un hecho inútil ni absurdo. Me ha dado la oportunidad de acercarme a la verdad. Lo he visto fundirse en el recuerdo de Mingo en un pasillo donde el griego se instalaba a enseñarle las letras y la rebeldía. Me bastó el delirio para conocer su vida: estaba hecha de Manuel, los muchachos de Gerli y, sobre todo, de Domingo Pulakis.

Arriba, según Ricardo, estaba la vía acerada, el acueducto por donde corría el tren, abajo el precipicio y el agua. A veces se le abría la ventanilla y respiraba un aire frío: yo le alargaba entonces mi mano tibia de la que se desprendía cuando tenía que atravesar infinitos pasillos con el tren en marcha. Detallaba: eran pasillos bordeados de espejos; con cabezas de iguanas; resbaladizos; violetas; anaranjados; con alimañas. En definitiva ninguno que fuera solamente pasillo como el de Mingo. Los pasillos que Ricardo veía iban sucediéndose uno detrás de otro (y con el tren en movimiento), de manera que el que parecía haber quedado atrás recomenzaba como las olas del mar. No había ningún pasillo como el de la casa de Mingo donde el griego leía sus libros y enseñaba a los pibes de Gerli que no habían podido ir a la escuela cuando eran chicos. *¿Qué hacen aquí, en la esquina, ociosos?* —decía a la barra de muchachos que desperdigaba las horas en la esquina del barrio. *Vengan conmigo, vamos a estudiar, que mal no hace.* Y los llevaba con él y les enseñaba las letras y los números. Y las cuentas. Y un poco de historia y geografía. Y tantas cosas. Tantas cosas les explicaba Mingo en aquel pasillo de su casa, para que le oyeran los que estaban sentados en el piso o en la cama de la pieza, y los que estaban en la cocinita. Pulakis, parado en medio del pasillo, explicaba.

—A vos, Ricardo, te espero más temprano en las Ter-

mópilas —le dijo un día cuando los demás se habían marchado.

—¿Termópilas? Vamos, Mingo, ¿con qué se come eso?

—Sos bruto. Termópilas: el pasillo, pibe, avivate. Mañana vení más temprano que tengo que enseñarte las tablas de multiplicar.

Después de estos recuerdos placas veladas comenzaron a hacer foco en una secuencia de instantáneas donde se veía a Ricardo sentado en la cocina de Mingo empeñándose en escribir una carta a Evita para agradecerle lo que la Fundación había enviado a su madre: la máquina de coser, los colchones, la media docena de sillas y hasta la dentadura postiza. Se lo veía resolviendo cuentas de multiplicar y dividir, esgrimiendo el lápiz con delicadeza en sus rudas manos. Y sacando punta a los clavos miguelito; en una riña gremial; saltando una cerca; incendiando un local. Hasta que su cara fibrosa y abotagada por el sufrimiento y la barba crecida, hace foco en la instantánea final, con la boca seca que entreabre para recibir los medicamentos y las cucharitas de agua, fija para siempre en mi retina.

Hermógenes vuelve a asegurar que enseguida llegará la señora bajita porque así lo había prometido. De la farmacia, con los antibióticos, fueron los dos a ver a Ricardo. Ahí estuvo como dos horas hasta que, sabiendo que él se quedaría toda la noche a cuidarlo, se fue a su casa. Prometió venir hoy, a las tres. No se asusten, ya llegará. Seguramente tuvo algún inconveniente con el transporte,

pero seguro que de un momento a otro aparecerá. Sin embargo algo está sucediendo para que aunque él está convencido, no le crean. En determinado momento la conversación fue haciéndose cifrada entre los miembros del grupo. Fue cuando Manuel dijo que "no había podido traer a su ahijado", pero que "iba a mandar a oficiar una misa con el padre Vergara". Luego al que llamaban Rogelio "que se fuera a dormir porque le iba à hacer falta".

No bien se fue Rogelio, y a una señal de Manuel, el otro muchacho llamado Pipo trepó al techo del galpón y saltó la medianera. Desde el patio, Manuel, Ibáñez y Hermógenes, que eran los que quedaban, miraron trepar a Pipo con sus zapatillas gastadas y el pantalón sucio de tinta. ¿Cuántos años tendría? Unos dieciséis. Parecía un chico travieso saltando la pared del vecino para robar fruta, pero era demasiado liviano y dolorido para estar jugando. La siesta anaranjada se había detenido en el paredón por donde acababa de desaparecer el muchacho.

—Casi las cuatro; no viene —dijo Manuel—. Si hay baile, bailaremos, ¿eh, muchacho?

Por primera vez lo miró de frente y le habló directamente. Su voz se hizo segura. Se iba serenando. Entonces Hermógenes supo que había tenido que ir a ese sitio y peligrar para saber dónde estaba la verdad. Efectivamente, eran casi las cuatro. Consideró que debía hablar:

—Cuando venía para acá me pareció que me seguían; es más: esta calle me pareció que estaba vigilada. Pero no sé.

—A mí también, muchacho, me pasó lo mismo; yo ahora estoy seguro de que estamos rodeados. Por eso, si hay que bailar, bailaremos.

—¡Qué pelotudo! Me fié de la petisa y nos vendió —dijo Ibáñez.

Entonces Ibáñez va y saca un revólver que estaba debajo de la Minerva. Al principio le temblaron las manos, pero él también se fue serenando. Los dos se tranquilizaron como si los hubiera penetrado un recuerdo. ¿Qué los hizo serenar? ¿Por qué están seguros cuando están acorralados? No hay tiempo para responder. De golpe Manuel echa a correr a través del patio tratando de ganar la puerta falsa de la cocina, mientras va gritando: *cubrime, Ibáñez.*

El primer disparo sonó casi con el segundo y provenía desde arriba.

X

Me iré del país de los ángeles de visillo que teje Eliana las tardes enteras en el comedor, hasta que la abuela dice "arrima ese madero colgante", que es cuando Eliana levanta sus ojos colorados de tanto llorar bajito por algo que sucedió hace mucho y ya entonces ella ha tejido las nubes y los campos de tulipanes por donde los ángeles se pasean cuando tienen ganas de volar. También, porque así tiene que suceder aunque sean ángeles, en el fondo está el castillo con terraza y escaleras para que vayan a descansar cuando se cansan de cargar las arpas con las que siempre tienen que cantar aunque no tengan ganas, y sobre todo para desprenderse de las alas que más parecen de carne debajo de los sobacos y en el resto de plumas blancas y finas.

Cuando ellos están adentro del castillo, a veces voy y les pido que me presten las alas para hacer algún volido y más se las pediría ahora que el Amaurio va por el camino en busca del auto y no llega nunca; tengo que traérselas para Waldina porque se queja sin fuerzas. Con las alas no hay que caminar un paso para adelante, otro para atrás, el volido es liso y ése es un país donde las fuerzas no salen

esté lejos, entonces vaya y capújelo no más. Tendrá que ser en pelo, porque montura no tiene. Así que...

—Tome la rastra.

—Feliz viaje —dijo Pegro que echó a andar por la huella llevándose la rastra; en la huella iba dejando sus marcas de chivo que son tres pocitos que nunca se hunden por más que llueva o corra viento.

Cuando el Amaurio llegó a la casa sin su mula, sin la rastra, y contó el sucedido con el hombre y el caballo muerto que parecía que estaba comiendo pasto, entonces Waldina dijo que estaba claro como el agua que Pegro Urdimán lo había engañado.

Pero el Amaurio nunca volvió.

—¿Oís cómo galopa la mula? Corre desbocada y cuando llega al puente de tablones flojos se para en seco y le empiezan a temblar las crines. Tal vez tiene remordimientos por haberse empacado el día de la desgracia con Waldina.

—Tengo miedo, Matiasa. Afuera está oscuro.

—¿Oís cómo suena el cencerro de la mula?

—No oigo nada.

—Aunque me tape los oídos lo oigo: no me deja dormir.

—Tengo miedo, Matiasa.

—¿Será que anda el alma de Waldina penando? Debe querer hablar con nosotros, por eso azuza la mula. ¡Qué largas son las noches desde que ella murió! Y además los perros... ¿Sentís cómo lloran los perros?

—No Matiasa, no oigo nada. Tengo miedo.

—Sí, lloran. Los perros tienen la lagaña que les hace ver lo que no; ellos ven a los muertos.

—A lo mejor es por el Amaurio, pobrecito. ¿Sabés que se murieron los mirlos que él trajo del monte? Nadie les puso agua ni les dio de comer.

—Mañana iremos al cementerio y le haremos oficiar un responso para que descanse.

—¿Y después iré a jugar al Jardín del Lero? ¿No me pondrás a descular hormigas, Matiasa?

—Me acuerdo de la última noche... Por eso es que a ratos pienso que ella tuvo tiempo...

—¿Tiempo de qué, Matiasa? Vení a mi cama que tengo miedo.

—Me acuerdo. Por la tarde hubo amasijo. Después de hornear me mandó a la cocina para ver cómo andaban las indias con la comida. Luego que comimos, y antes de irse a dormir, salió al fondo y en eso oyó que se espantaron los caballos. Se puso a llorar.

—¿Llorando, mamita? —le dije.

—¿Que no oíste cómo se espantaron los caballos? Es por mí.

—Ocurrencias.

—No; se espantaron en cuanto me vieron a mí.

—Será por su vestido blanco —le dije aunque estaba segura de que era por ella.

Después recuerda el rumor enjambrado que se levantó esa mañana en la casa, rumor que crecía con el amortiguamiento de pasos arrastrando pesadeces, despegándose de la tierra como un enceguecimiento. Era un murmullo hondo, cortado por algún sollozo finito, que en seguida era apagado. El rumor caminaba pesadamente desplazándose del arco de la galería hasta el patio, para perderse en el cuarto de Waldina. Después se apelotonó. Se hizo trom-

po y el llanto se volvió a cortar. Algo estaba pasando con ese rumor. Se descolgó de la cama.

—¿A quién traen?

—A doña Waldina. Volcó el sulky y cayeron al arroyo. Sólo ella se golpeó.

Recordó los caballos, la lechuza que había silbado la noche anterior.

—¿Es grave? —preguntó.

Pero ya lo sabía. Waldina también lo sabía. Por eso —piensa— ella tuvo tiempo. Tiempo de arrepentirse y de pedir perdón por sus pecados. ¿Por qué, entonces, andará penando?

Recuerda que entró en el cuarto. Sobre la cama donde le fueron naciendo los hijos, uno detrás de otro, ya se había iniciado la separación. Sin despedidas. Violentamente. Sin voz, sin miradas. Sin quejido. De la boca le colgaba un hilo de sangre. Las indias, pringosas, lloraban.

—Callénsé. Ella no se murió.

—No llorar por partrona —dijo la india secándose un ojo huero, revuelto de tristeza—, llorar por Amaurio, pobrecito.

—¿El Amaurio? ¿Qué tiene el Amaurio?

—Cerrau la hoja del corazón —contestó la mataca sin dejar de llorar por el ojo huero.

—Callate, mataca tuerta.

Todavía estaba tibio, pero con los ojos cerrados como se ponía cuando escuchaba a los mirlos. Los pusieron juntos, en la misma cama, así Waldina volvía a tenerlo cerca como lo tuvo siempre y en el sitio donde lo alumbró.

Después el rumor salió afuera de la casa. Caminaba espesándose por la galería o por el patio. Iba al corral y volvía aletargándose de pesadez. Trepaba al techo hasta alfombrarlo. Y caía de golpe como atravesando un recuér-

do. Entonces se la veía a ella, a Waldina, que no se resignaba a la quietud y casi se esperaba que, de un momento a otro, se levantara renegando de las velaciones. Y el rumor se quedó asediando.

Asediaba bajo el molle donde un día Waldina nos inventó el cuento de "Las tres curvas" que era un cuento para las mujeres de la casa. Otros, inventaba para los peones, para los niñitos que morían sin bautismo y para los suspiros que querían soltarse del pecho. Sentada bajo el molle la abuela contó:

...Las tres curvas posaron una noche en el pueblo y el cura salió y dijo: hermanos míos, nuestras mujeres peligran y no se rescatarán más los nombres asentados en nuestra digna parroquia. Pero las tres curvas se entrelazaban en el lecho donde dormían, olvidadas de todo. Había un escultor, bebedor de vino, en aquel pueblo de gente sencilla. Salió en busca de las curvas, las saludó y les dijo: Sosieguensé; aquí donde me ven yo soy la comidilla de este pueblo porque puedo apresar las líneas que se mueven y las que están quietas. Yo tengo para ustedes un sitio donde nadie las espante, y nadie, sino yo, pueda rehacerlas. Para tanto descanso exijo que esta noche se metan bajo la piel de todas las mujeres, estatuas de sal por la celosa vigilancia de los curas.

La *curva alegría*, pena penando, estiró su rosada cola a la altura de las sienes, exhaló un perfume ondulante y dijo: iré. Peor esa noche permaneció en su lecho diciendo la palabra amor.

Miró apenas la *curva indiferencia* al escultor, estaba ocupada en la nada, pero también dijo: iré. Luego se durmió profundamente.

Sólo la *curva del dolor* iluminó su rostro, tendió su

mano al hombre y, lentamente, como ya amanecía, salió a cumplir su misión en el cuerpo de todas las mujeres...

El rumor también asediaba el día que murió Eliana, cuando Manuel salió oculto en el ataúd. Al volver a colocarla en su cama entramos por primera vez a su cuarto. Y ese día sucedió lo increíble. Lo inesperado estaba en ese cuarto lleno de rencor. Vimos visillos con ángeles arrodillados delante de un cáliz que se abría como rosa lentejualando la espesa luz del aire; tocador con jofaina de plata cuajado de collares de cristal de roca; nácares en cepillos y peines; cómoda española; cama de hierro con mosquitero. Y arrimado a una pared, debajo de un daguerrotipo de Waldina (busto potente y mirada pegándose a las cosas), desafiando la perdida ilusión de los que tanto habían buscado, estaba uno de los codiciados arcones; el otro, cubierto con un poncho de vicuña, arrimado a la otra pared, debajo de un crucifijo.

Los buscadores de oro, los desenterradores de plantas, los que veían un "tapao" en cualquier pedazo de tierra y "luz mala" todas las noches, se quedaron mirándose con asqueada incredulidad, ya definitivamente deshauciados por la desdicha, tan secos de ilusión que sonreían amargamente, rabiosos por hallarse desprevenidos ante ese golpe de la suerte. Parecía que ellos hubieran preferido que el fuego, después de bailotear en la labrada corteza de los arcones, fuese a morir en el fondo, donde todavía se escurría el recuerdo de Waldina. Los arcones estaban allí, como dos pozos, intactos. Sintieron el recuerdo de su dueña, enjambrado, con forma de lechiguana y ligera acedía en las celdillas melosas y lo alcanzaban a percibir no muy claramente porque los desaflojaba, desovillándolos a orillas del tiempo.

Abrir los arcones y, naturalmente, encontrarlos va-

cíos. Waldina, que era criolla, habría enterrado las libras no con los arcones sino en ollas de barro y bien lejos de la casa, tal vez a orillas del camino abridor del verde que escocía las pezuñas del ganado. ¿Qué docal de colgantes frutos era la señalación escogida por la abuela enterradora, que sabía fabricar esa ambrosía otoñal, el dulce de doca?

El camino hasta la finca era largo, el campo extenso, los hombres estaban colmados de desesperación y de rabia. Hallar los arcones vino a remover, en círculos, un agua cenagosa de miasma y podredumbre, hasta tragarlos.

Junando salían del cuarto de Eliana e iban a sentarse en la oscuridad de sus habitaciones o a pararse en la galería de profundos tajamares de éter; confusos; malditos de mufa agraria y de moneda inglesa; portadores de un tifus hereditario de frustración ininterrumpida; burgueses rústicos; mercaderes de la nada.

XI

Cubrime, Ibáñez: ¿oíste, pibe? Aquí no hay tutías. Salí del patio y cubrilo vos también. Tiene que llegar a la calle por el portón y me parece que se la dieron en la pierna, justo en la pierna. La gran puta, alguien nos denunció. Allá arriba están. Ponete detrás de la Minerva y ayudame a cubrirlo. ¿Sabés cuánto hace que estamos aquí haciendo volantes y copiando mensajes de Perón? Alguien nos delató. ¿Comprendés por qué es tan importante la confianza? Ya decía yo que olfateaba mal. Desde que la ví que me pareció mal bicho la petisa. Y toda esa historia que se contó el día que vino aquí eran mentiras. ¡Maldita bruja! Tirate al suelo, viejo, que la podés ligar; mirá en aquella dirección, deben estar dos o tres. De ahí viene lo peor. De este otro lado parece que hay sólo uno. Petisa de mierda, a vos también te vendió. ¿Qué se puede esperar de una tipa así? Una profesora... Una gorila de mierda, eso es esa petisa. Mirá, Manuel ya entró en el pasillo. Ahora defendé tu vida.

XII

Días sin Waldina. Buscarla en los agujeritos de las paredes donde guardaba sus cabellos desenredados del peine; esperarla en una visita carnosa y suspirante que no se realizaba. Días sin sulky ni amasijo, sin carnear reses, sin caballos ni mugidos de vacas que se ordeñan, sin rezos, sin aliento, desperdigados de la que los unía y les daba sentido. Días acres, tristes claridades vacías y yertas de sucesos, iban pasando hasta que llegó de vuelta el abuelo. Tal como correspondía, lloró con sus hijos, y encerrado en las habitaciones de la finada, de cara a la pared, durante tres días estuvo haciendo penitencia y rindiendo cuenta de sus viajes y aventuras como si ella estuviera presente.

Después comenzaron los conciliábulos: que dónde estaban los arcones con las libras esterlinas, no estando donde Waldina acostumbraba a guardarlos. Que si los habría enterrado. Que ella, mientras agonizaba, quería comunicar algo, pero que no le salía palabra ni seña. Que en vida ella maliciaba de los entenados, por eso habría enterrado los arcones. Que no fue por desconfianza de los entenados, a los que quería como hijos propios, sino porque temía un levantamiento como el que le hicieron los

indios cuyo cacique se había hecho cortar el dedo pulgar con que firmaba los contratos para así cobrarle doble ración de harina y con su tribu le invadiera la casa. Que Waldina, al fin y al cabo mujer, había hecho demasiado haciendo de peón, mozo de mano, mozo de cordel, capataz, administrador, patrón, padre y madre. Que el Amaurio, esa pobre alma, había sucumbido por la desesperación de sentirse causante de la irreparabla pérdida de la vida de su madre, sin la cual le resultó imposible continuar con la suya, débil e insignificante, temeroso de enfrentar las acusaciones y cargos que le harían los restantes miembros de la familia, incluido el abuelo, que viajaba confiado de encontrar todo en orden a su regreso.

Días sin Waldina eran días de ansiedad acosándose entre ellos con insinuaciones, faltos de coraje para enfrentar la realidad. Como en los primeros tiempos del duelo, volvían a acorralarme para que soltara prenda, por ser yo la única persona que había asistido a la abuela en el momento del accidente y antes de que perdiera el conocimiento... *"recordá, hacé memoria, a ver, vamos por parte desde que cayeron del sulky... ¿Qué dijo? ¿Señaló con las manos? ¿Señaló algún lugar con los ojos? ¿Con la cabeza quizá? Hacé memoria... ¿Te dijo alguna palabra aunque fuera entrecortada? ¿Qué hicieron todo el tiempo hasta que llegó el auto? Hacé un esfuerzo, recordá. A ver... figurate que estás viendo a la abuelita esa madrugada cuando cayeron al arroyo... ¿Nada? Seguro que vos sabés algo, hijita. Tratá de recordar. ¿Nada? Algo debe haberte dicho. ¿Qué fue?..."*

Con la llegada del abuelo recrudeció la investigación y redoblaron la incredulidad porque no se convencían de que no escuché ni vi nada de lo que esperaban. *"Te regalaré un caballo o una vaquita con tu marca, que será para*

vos solita si recordás lo que te dijo la abuela cuando quedaron las dos solas y el tío vino a traer la noticia y a buscar el auto. Ella debe haberte señalado el sitio donde escondió los arcones, porque los arcones eran muy importantes para Waldina, ¿entendés? ¿Te dijo algo? ¿Qué fue? ¿no recordás nada, nada? Tal vez esta noche ella te visite y te haga recordar, a lo mejor soñás con ella, entonces aprovechá y preguntáselo. También puede suceder que ella no te nombre el lugar pero dice otra cosa, alguna palabra que puede ser clave. Lo mismo debes tratar de retenerla; pero eso sí, lo que recuerdes o lo que Waldina te diga en sueños no se lo vayas a decir a tu papá, acordate que la abuelita no lo quería porque es gringo."

Finalmente tuvieron que ponerse manos a la obra: se excavó el patio, la quinta y el corral; el resultado fue que se secaron los naranjos cuyas raíces salieron al sol. Después se trasladaron a la finca y continuaron cavando incansables, aunque sin esperanzas. Mirándome, reprochaban la tozudez de no decidirme a ayudarlos con sólo forzar un poco la memoria, de manera que llevada por los vientos del resquemor, la ansiedad, el soborno y la adulación a los que constantemente me sometían, llegué a creer *que de verdad guardaba un secreto que cuestionaba la vida, la muerte, el bienestar o el derrumbe de mi familia.* Temprano conocí la voluptuosidad de dominación que se ejerce sobre las almas por medio de un secreto. Mientras creyeron que en el fondo de mí yacía la palabra clave que en cualquier momento afloraría para descubrir el secreto, sentí el poder que mi persona proyectaba sobre tantos seres indefensos que me cubrían de gracia o de odio. Y así ellos, no haciendo otra cosa que cavar sin piedad los viejos árboles, descuidaban el trabajo ganadero y la industrialización de quesillos, quesos, velas, cerda, cuero, dul-

ces, que la abuela dirigía o realizaba personalmente, dejaban cundir el desánimo y la frustración de buscadores de oro. Sin conchabo, los indios merodeaban esperando los restos de comida que todavía arrojaban; por las mañanas, cuando se faenaba algún animal para consumo interno, se los podía ver en las proximidades garleando las achuras. Ya no se faenaba para las carnicerías. El único que no había perdido la cabeza era el mayor de los entenados, Gabriel, que se ocupaba de algunos de los trabajos que realizaba Waldina.

Meses; años. Hachas, picos y azadas se hundían inclementes en la tierra dejando zanjones que no se rellenaban, montículos que se iban endureciendo como sombras pegadas, pozos que descubrían raíces de árboles que durante muchos años, aquerenciados con el ardor de la tierra, habían frutecido generosamente.

Llegó el tiempo de anotarme en el colegio. Me dejaron marchar prendida al cordón umbilical que me habían tendido. Antes de que supiera leer ya recibía cartas de ellos escritas con sangre, firmadas con humo, todas con un final semejante y desesperado, que dejaban pensativa a la superiora del colegio después de leérmelas. Me pedían recordar, nada más que el esfuerzo de recordar. Tal vez la quietud de la capilla, decían, iluminara mi frágil memoria; tal vez si yo confiara en alguién, rememorando, nuestra común tragedia, o si acaso, me preparara para recibir la primera comunión, me obligaría a poner en limpio la conciencia y escucharía una vocecita interior que me hiciera recordar lo que tenía borrado. Y soñar. ¿Es que

yo no soñaba? ¿Nunca soñaba con la abuelita que me había querido tanto, que me eligiera para ocupar su lugar y así hubiera sido si la muerte no la sorprendiera con tanto apresuramiento y repentinamente? Porque ella me había querido más que a nadie era que yo venía a ser la única que la acompañó en el momento de morir y una persona como Waldina no moría sin indicar el lugar donde guardaba el dinero. Que aprendiera a escribir cuanto antes porque nadie dudaba que yo era muy inteligente y si aprendía a escribir tanto negro motoso en las escuelas cómo no lo haría yo que iba a un colegio pagado. Que anotara cualquier cosa que se me ocurriera, a lo mejor recibía un mensaje de la abuelita desde el otro mundo. *Recordar. Soñar. Escribir.* Pero el mundo invisible donde se hallaba mi abuela no respondía a los requerimientos de los impacientes, ni a mi expectativa. Profundamente silencioso, se fue tragando a Waldina, su figura, el color de su pelo, su voz, sus quejidos de moribunda. Como ella me había enseñado yo pensaba que solamente la lagaña de los perros podía atravesar lo invisible y ver las almas en pena cuando vuelven a borrar sus pasos y a desentreverar sus orines.

Recordar. Soñar. Escribir. Por distintos caminos del recuerdo yo debía interrogarme el sitio donde, el gesto que, la señalación hacia, el comienzo de; en el supuesto de insinuaciones si eran periódicas, parpadeantes, articuladas hasta llegar a, disolventes como; si aparecían como revelación de autoridad al punto de llevarse el secreto o si. Con demasiada frecuencia escuchaba las recomendaciones. Con menos piedad que insistencia mi familia desenmascaraba su pasión sostenidamente hasta estallar en llanto, rabia, quejumbre, impotencia. Sólo Eliana bordaba o tejía impasible en el comedor hasta la hora en que

solía decir la abuela: "arrima ese madero colgante para que no entre el céfiro constipante". Entonces venía el estremecimiento y Eliana se levantaba a cerrar la ventana, acto que parecía desprenderla del recuerdo. De tanto estar junto a la ventana parecía que esperaba a alguien que ella estaba segura alguna vez iba a aparecer junto a su ventana dándole el tiempo justo para doblar el bordado, alisarse el pelo, alzar una maleta de su cuarto y salir a su encuentro para marcharse con él.

Una noche de verano llegó mi padre con el rostro cambiado. Rompió su silencio de marginado en una casa donde no tenía adictos porque era extranjero, y abriendo tamaños ojos explicó que, volviendo del taller, camino a la casa, acababa de ver a Waldina que iba caminando en dirección a la antigua finca. *¿Cómo iba?*, preguntaron todos a la vez. *Iba de atrás, con un vestido blanco, seguida por los perros.* De inmediato comprendieron que debían seguirla. Salieron corriendo y al llegar a la esquina se perdieron por el callejón gritando: ¡Mamita! ¡Mamita! También mi padre se perdió por el callejón, excitado por el hecho que parecía hermanarlo definitivamente con ellos. Al quedar sola comprendí que ante la aparición había perdido mi mediumnidad y mi prestigio de oráculo había terminado cruelmente, como empezara. Roto al fin el cordón umbilical, me desligaba de ellos.

Tarde la noche iban volviendo, jadeantes, sudorosos por la corrida detrás de una sombra clara, más torvos y cansados que nunca, como si la aparición hubiera sido la señal definitiva del fracaso. Después odiaron más al gringo fanfarrón de mi padre que había llegado de Europa con una mano atrás y otra adelante.

Entonces fue que el gringo puso en práctica un plan que la presencia de Waldina le había impedido realizar. Por veces estuvo a punto de decirle: su hija es mi mujer, sus nietos mis hijos, hasta cuándo va a meterse en lo que no le importa y dejar de gobernar a todos como niños de pecho, ahora mismo me voy de esta casa y ellos se vendrán conmigo. Sí, la Matiasa se viene conmigo, aunque usted no lo crea, porque soy el marido, el que le hace los hijos, y no solamente el gringo del taller. Ahora usted se va a morder los puños porque le quito los nietos y la hija y nos vamos a vivir en paz lejos de usted. Yo soy capaz de mantenerlos, para eso tengo el taller y no necesito de la plata de usted. Vayasé al diablo, doña Waldina, dejesé de joder...

Lo más lejos posible, en una calle lateral mirando las lomadas azules, alquiló una vivienda y se fue a vivir allí. Aturdida por el luto, la búsqueda de los arcones y el cambio de vida, al principio Matiasa no dio importancia a la ausencia de su marido.

—Ya volverá. No tiene raíces. Se caerá como el árbol solo.

Amor y promesas se mezclaban con arranques literarios en cartas donde el gringo le pedía irse con él llevándose a los hijos a la casa que había alquilado. Matiasa descubría, al perderlo, un marido desconocido, arrollado por la fuerza de Waldina; así que llevándose a las guaguas se fue a vivir con él. Al principio, la novedad de hallar un marido que se abría para dentro como ella (los oídos atentos al ruido de las hojas, al viento, a los goznes, felpas, briznas) le esquivó el cambio de situación que, de vivir en un caserón con infinidad de habitaciones y dependencias, pasaba a una pieza, una cocina y letrina, todos amontonados, donde además recibía las visitas a deshoras

de su padre y hermanos. La búsqueda de los arcones era el tema obligado: que se excavó el corral, el gallinero, la huerta y hasta el piso de las habitaciones de la finada. Pero nada. Que de noche aparecía la "luz mala" en el camino y en la propia finca y seguro que por ahí debía haber algún "tapao".

Todas las noches, cuando se iban sus familiares, Matiasa quedaba estremecida. Hasta que un día el gringo le dijo: *no quiero que vengan más*, y él mismo se encargó de echarlos uno por uno.

Con eso, para la familia, quedaba en claro lo que aquél realmente era: un gringo envidioso que además no soportaba ver la unión de una familia tocada por la desgracia. Así pagaba, echando de su rancho, a quienes le cobijaron durante tantos años. ¿Qué otra cosa podía esperarse de un ateo, extranjero de lengua y religión, que se casó con la pobrecita Matiasa esperando quedarse con la fortuna de la familia y le había salido el tiro por la culata?

XIII

Por la calle con el dolor de la pierna pesada. Dificultad para correr. No le importa el dolor: los balazos pasan zumbando y van a clavarse en las paredes o en el pavimento. Lo importante en este momento es correr desaforadamente por la instantánea que va cubriendo, como flecha, el espacio. Veredas quebradas en las esquinas, casas bajas batidas por el viento que él levanta en el correr. Se veía sorprendido con la velocidad del rayo dentro de la instantánea. Pero, ¿hace foco? El orticón está buscando sus huellas con el parpadeo de la luz que corre a la par de él. Que corre a la par de su ansiedad. Porque la pierna le pesa cada vez más. Paredes grises o amarillas, casas, tiros que lo están cercando. Pero tampoco importa eso mientras las piernas corran, como tantas veces, dando sentido a su existencia. Loco, feroz, absurdo, el tiempo se iba fragmentando desde el momento en que echó a correr, y ahora estaba desnudo dentro de él, sin tapones ni apoyaturas que lo hicieran excecrable o deseable, sino que ahora era el tiempo solamente, el tiempo adentro y afuera, el de adentro enfocándolo y el de afuera silbando en

los pistoletazos. Loco, feroz, el tiempo desde que saliera del portón de chapas de zinc iba corriendo a su lado. Correr era la relación entre los dos modos del tiempo —el de afuera y el de adentro—, y, en cierta manera, era ir cada vez más hacia adentro buscando el foco y más hacia afuera acercándose a sus perseguidores cuyos gritos se hacían muy cercanos. Tal vez si la pierna no pesara tanto podría ganar distanca y en la primera esquina burlar la persecución escabulléndose en un auto, un colectivo. Pero esta maldita calle duerme una profunda siesta y la esquina está aún lejos. Hoy sí que se encontró con la contra: siente su empolladura caminándole por el pensamiento con el chupor de una hormiga colorada que le llenara de ardores. En la instantánea emerge su cara de bergamota o de esponja marrón, picoteada por la viruela. Cosa extraña: le vino el recuerdo de la maduración de la viruela, el cuarto oscuro, en Villazón, la fiebre y el rascar. Eran pozos llenos de un agua amarilla que subía hasta los cabellos y luego chorreaba hasta las ingles verdosas. Eran escamas de piel bajo las uñas que rascaban incansables. Y la sed de la fiebre. Voces perdidas. Por fin un día vino una vislumbre dentro de la pieza: *de buena te has salvado, Manuel.* Entonces las piernas le flaqueaban como ahora. Para ponerse de pie necesitó ayuda; para caminar tantear el suelo. Sin embargo recuerda que después, un día, Waldina iba a decir: *tiene las espaldas y camina como Juan Manuel: que se quede.*

Que se quede como entenado en la casa grande donde hay una hermanastra ansiosa que teje varetas de hilo macramé y visillos con ángeles arrodillados, como paisajes interiores que se reconocen. Que se quede a participar de las copiosas comidas, del ocio, de los contratos firmados a dedo. Que se quede a hacerse perdonar su ilegitimidad de bastardo. Que se quede porque sus espaldas son fuertes

y pueden servir. Se le pide silencio, ambigüedad y obediencia.

Ahora se arrima a un camión detenido en la calle desierta buscando descanso para la pierna que se le ha puesto como un trapo. Ya no puede correr. Busca refugio junto al viejo camión destartalado que alguien dejó olvidado en esa calle muerta. Respiración de animal acorralado. Le cuelga una sonrisa esponjosa porque aquí no hay un ataúd para despistar. No está Eliana con su vestido de moaré y las trenzas cobrizas cayéndosele sobre la capa de terciopelo, quietas al fin sus manos, después de tanto tejer y bordar, su manera de seguir amándolo obsesiva y rabiosamente, su manera de esperarlo junto a la ventana del comedor, lista para abandonar la aguja cuando lo viera aparecer y así marcharse con él, ajena a las muertes y a la desesperada búsqueda de las libras esterlinas. No está, tampoco, Domingo Pulakis para ayudarlo a incorporarse y sacarlo de allí. Sólo una calle vacía y un camión donde arrimarse hasta que lleguen a quemarle la última llama que lo sostiene y el recuerdo de Mingo se borre para siempre diciéndole: *kalós gar o kíndinos.*

No está —no puede estar— el mitológico griego, echándole en la cara alguna de sus célebres peroratas:

—¿Qué es lo grande que tiene el peronismo, viejo? ¿Cuál es la fuerza que lo mantiene vivo?: su resistencia a liquidarse, su capacidad para reagrupar fuerzas y largarse a la lucha. ¿Te acordás? Con la Libertadora, pasado el primer trago amargo, el mazazo que recibimos, después del desbande general, con unos en la cárcel, otros debajo de la cama, ¿qué hicimos? ¿Te acordás cómo formamos los comandos clandestinos? ¿Quién nos dirigía? Sólo la fuerza del Movimiento, la necesidad de subsistir. ¿Quién nos mandó a difundir la consigna de votar en blanco para

la Constituyente de los gorilas? Y cuando copamos la Intersindical de Patrón Laplacette, ¿quién nos dirigía? ¿Te acordás lo que tuvimos que batirla para organizar las 62 y la C.G.T. auténtica? Lejos de Perón, casi sin conexión con él, supimos mantener el fuego sagrado de la lucha. Todos los que han buscado debilitar al Movimiento se han estrellado contra su capacidad de resistencia. El peronismo, viejo, está cada día más fuerte y es invencible. Porque es el pueblo reventado que no se deja pisotear más. Y es la tierra de América. Nunca lo vencerán. ¿Te acordás? Yo soy como el Ave Fénix...

Como el Ave Fénix, ¡pobre Mingo! También a él algo le falló, algo que siempre conjuraba a tiempo aquel día que estaba en la pizzería se le adelantó y lo dejó para siempre inerte en la silla donde estaba conversando con Zalazar y otros muchachos. Algo sucede una vez que no es como las otras y entonces se comprende que es la última, la definitiva. Siente que le cuelga algo así como una sonrisa mezclada de recuerdos, empapada de baba chorreante. Esa sonrisa babeante le empezó a crecer como un musgo, estando ahí tirado junto al camión, una baba trepidante, abierta en agujeritos, voluntariosa y caliente, que va subiendo desde su propio fondo, para suprimirlo. Sale sola, no puede pararla, viene de las entrañas y va inundándolo. Entonces..., ¿se trata de una baba, solamente de una baba insidiosa y desmedida? Quiere escupir y es cuando, finalmente, está haciendo foco, desmelenado y sudoroso, en la instantánea que lo muestra con los ojos reventados y la cabeza abierta a culatazos de pistola, arrancado del lado del camión. Y la sonrisa se le cuaja entre el charco de ¿baba?, ¿sangre?, que le corre por la mejilla, hecha espumarajos, dejando atrás, bien lejos, el portón de chapas de zinc, el patio con la canilla averiada, el armario de

la cocina, hasta que se lo ve retorcerse con el último recuerdo que es para el interior del galpón donde está la Minerva y donde —¿hace cuánto?— quedaron Ibañez revolcándose al pie de la máquina, y ese muchacho, Hermógenes, que parecía un cajetilla y quién diría, ¿no?, resultó una fiera para gatillar la 38.

XIV

Cuando el gringo llegó al pueblo tenía en los ojos el abandono de esos caballeros de las tarjetas postales, que acompañan a damas con una rosa té en el escote, aunque también podía pasar por el jefe de una banda de contrabandistas, sabedor, por una intuición descabellada, de que en ese lugar se quedaría para siempre, un poco por capricho a la obstinación de Waldina en hacerle la contra a su relación con Matiasa y otra por amañarse a los interminables veranos de cuarenta y ocho grados a la sombra, al paludismo y a los carnavales sangrientos.

Al principio le pareció fácil hacer algo sin la aprobación de Waldina, como era el enamorar a Matiasa y después presentarle el hecho consumado y decirle: su hija se ha casado conmigo, ahora no hay nada que hacer, ella es mayor de edad y usted no puede desarmar el casamiento. Por lo tanto, hagamos las paces y aquí no ha pasado nada. Pero eso podía pasar por el pensamiento del gringo, no por el de Matiasa: no era tan fácil contradecir a Waldina que durante un tiempo no se lo perdonaba y que se calmó solamente cuando estuvo segura de no haber perdido a su hija, que ahí estaba pronta a su lado cada vez que la lla-

maba para que le destampara el pelo o para lo que Waldina mandara. Segura de que el gringo era manso sin meterse en nada, todo el día en el taller, y dándole a Matiasa guaguas que pasaban a ser de la abuela tan enteramente como Eliana o el Amaurio o como la misma Matiasa y hasta como Gabriel el entenado que se entregó a ella como si fuera hijo propio. Y así los nietos eran más de Waldina que del gringo que se tuvo que aislar en la casa y obedecerla y no se atrevió a contradecirla nunca más.

Pero Waldina nunca le perdió al gringo la desconfianza del primer momento, cuando se preguntara por qué ese extranjero se quedó en el pueblo que ella precisamente había ayudado a poblar y crecer, viniendo desde Chicoana, cuando todavía no avanzaba el ferrocarril. Seguramente ya entonces no le quedaban dudas que, con el tiempo, el gringo "atacaría por la espalda como ahora lo está haciendo" apartando a Matiasa de su familia y cobrándose los rencores ocasionados por la desconfianza de Waldina que ahora no está para comprobarlo.

Todo se ponía claro —pensaba Matiasa— desde el momento en que me privó de alternar con mi familia: que su casa no es mi casa, que ya nunca podré volver a la otra casa donde quedé malquistada por haberme desterrado voluntariamente para seguirlo. De ahora en adelante *ya no le será posible al gringo sacarme una sola palabra, porque yo me encargaré de no dar tregua al islamiento.*

Parece una sombra pegada a las paredes, una sombra flaca y amarilla, lamiendo las paredes —piensa el gringo viéndola moverse, verde y nudosa de paludismo, rameando la fiebre y los chuchos de frío por el interior de la casa. La casa se había agrandado porque primero él compró el terreno con la pieza que alquilaba, después el lote conti-

guo y, finalmente, con los dos edificó la casa con muchas habitaciones y una puerta cancel que nunca traspuso Matiasa, obstinada tanto en no hablarle como en no salir a la calle, ni siquiera cuando le decían que pasaba el circo desfilando con la mujer barbuda, el tony y los payasos, el Viejo Vizcacha y los volatines. Se quedaba en el patio sintiendo la banda de música atronar el griterío de los que se sumaban al desfile.

Se morirá callada —sigue pensando el gringo—, ni aun en ese trance habrá de dirigirme la palabra, porque así fue cuando murió el viejo querendón de su padre, y cuando algunos de sus hermanos decidieron tentar suerte yéndose del pueblo; y así es actualmente con Eliana que está loca y no se acuerda de nada encerrada en su pieza de la casa grande que ya se está viniendo abajo y donde solamente quedan Eliana y la mataca tuerta que fue la niñera de nuestros hijos. No me habla ni una palabra cuando fue precisamente el parloteo y su risa inocente lo que me prendó de ella, enganchándome con ese gualicho que, dicen, dan de tomar a los forasteros para que no se vayan más. Ahora tengo que verla vagar como una sombra por la casa solitaria de los hijos que también se han ido, y hemos quedado ella y yo como dos enconos viejos, todavía dominados por el recuerdo de doña Waldina. Así seguiremos.

Se arrastrará pegándose a las paredes, no aceptando curarse, y un día se morirá callada, sin que nos demos cuenta, imaginaba el gringo hasta la mañana en que los vahos ardorosos del aire desflecaban la maraña de los ojos afiebrados de Matiasa y ella, delirando con la moneda inglesa, esa vez sí le habló al gringo que se inclinaba sobre la cama:

—Las libras, mirá, ahí están las libras esterlinas (y levantaba la amarillez de un brazo cargado de nudos, en tanto señalaba imprecisas direcciones)..., no dejés que se las lleven por favor, que son de mi mamita..., son de Waldina, no dejés que se las lleven...

XV

Ya van a dar las tres. Falta poco. El día no avanza. ¿Cuánto hace que el silencio envuelve la casa? Han salido todos y he quedado sola con el tiempo. Debo salir. Me sobresalto con el temor de perder el tren, ese tren que siempre me recorre. Dejo esta estación. Necesito las ventanas cerradas, la boca y los ojos cerrados: me anestesio. Necesito alejar los recuerdos y salir. Debo estar *allá* a las tres. Se lo he prometido a Hermógenes. Debo llegar a las tres. Pero no quiero ver ni pensar. Ha llegado el momento de decidir. Salgo. No salgo. ¿Qué hago? Voy. No voy. Hacia las tres precisamente dudo. Salgo. No salgo. Voy. No voy.

Voy: Hermógenes me ha dicho esta mañana que a las tres estará en Villa Lugano. Quiero ir también.

No voy: a esta hora los indios dormitaban en cuclillas, arrimados a la pared de la galería de la casa, esperando que Waldina apareciera con la papeleta a controlar la tarja y les entregaba la ración de azúcar o harina convenidas. El cacique mojaba el pulgar en tinta y lo estampaba al pie del documento indescifrable. Silencio.

No voy. Voy. ¿Tengo que verte muerto, Hermógenes,

tendido en el patio de Villa Lugano, con la colt en la mano, como un gato destripado al que se eterniza en la instantánea? ¿Qué tengo que hacer antes de perderte para siempre a las tres de la tarde de este día terrible que debimos tomarlo para nosotros y así la foto nos mostraría paseando juntos: a mí sonriendo a la inquietud y a vos con una chispa dorándote el borde de los ojos brumosos; a mí parecida a Waldina ahora que voy a perderte y a vos como a uno de los tres hermanos que buscaban la Flor de Ilolay, esa que hace ver a los ciegos. ¿Cómo tienen que suceder las cosas antes de resignarme? ¿De la manera incomprensible en que perdí a Waldina yendo las dos en el sulky, por el puente de tablones flojos un amanecer poblado de rezos y misterio? ¿Cómo hago, Hermógenes, para sentirme viva, ahora que temo ir a tu encuentro, yo que te he llevado de la mano a través del espíritu de los libros y no supe llevarte por la vida? ¿Cómo hago para salir de la apariencia ahora que estoy sin fuerzas para cruzar el pasillo secreto y llegar al patio clandestino donde te pones en contacto con la muerte, como una flor que ha crecido de pronto y en un mismo día se abre y echa su perfume a la noche infinita? ¿Cómo haré para que me comprendas si no consigo entender que tu cabeza, a esta hora acaso ya esté abierta, tirada sobre el piso, con todos sus pensamientos y pasiones?

Voy. No voy. Entro en el Jardín del Lero donde me espera la hija del chocolatero para saltar sobre las letras mientras vamos repitiendo: H.I.J.K.L.N.M.A. y para jugar a la ronda ahora que no llueve y los sapos se salvan de que los hagamos fumar cigarros y marchar en fila bailando un pasito adelante, dos para atras, uno para el costado, dos para el revés, porque si no se emborrachan.

No voy. Voy. Para culparme de tu muerte revolcándo-

se en un patio, y acaso sin saber para qué. Para sentirme única causante por haberte llevado, sin saber para qué. Para llegar tarde. Equivocar la esquina. Confundirme. Perderte. Para saber que solamente quise amar tu juventud tan ausente de la ausencia y ahora te has vuelto ausencia.

No voy. El gringo se ha ido al taller. Eliana se instala a continuar el tejido, con los ojos llorosos. Waldina siente que de pronto un hálito le empaña el espejo de mango labrado donde se estaba mirando. Silencio. En el guardapatio las mulas polvorientas están de regreso:

—¿Por qué siempre se va para Lima, abuelo?

—Ay, Lima, quién te conoce no te estima.

Correteos, ahogos.

—Doña Waldina, ha llegado el patrón.

Más ahogos. Agua de azahar. Picaflores detenidos en el aire. Waldina parada en el arco de la galería, vestida de blanco. El abuelo deposita a sus pies las alforjas repletas de libras esterlinas mientras la abraza llorando. Después dice: *¿Cuyo es este niño? ¿Cuyos son estos mozos?*

—Abuelo: es el hijo de Pegro Urdiman; estos son Gabriel y Manuel, ¿no los reconoce?

Silencio. Waldina saca el pañuelo que siempre lleva en el pecho y se restrega los ojos. Luego todos pasamos a la sala donde el abuelo saca los regalos que trajo de Lima, mientras Waldina cuenta las libras y siempre termina diciendo: *poco es, pues.*

Voy. Estoy pensando, Hermógenes, sino habrás elegido tu muerte cuando decidiste volver al portón de Villa Lugano, después de pasar la noche cuidando a Ricardo. Al atravesarlo y trasponer la cocina, pero más al descorrer la cortina y entrar en el pasillo, acaso sabías que se trataba del límite. O vos o los otros. Continuar de este lado o resbalar en el vacío. Sí a la vida y no a la muerte,

o no a la vida aparencial y sí a la muerte. Por sí o por no. Sin tu florecer y tu generosidad que era lo que yo buscaba en vos. Que era lo que yo amaba de vos. Tengo miedo y cuido mi pellejo. Me resguardo, mientras va pasando el tiempo (¿qué hora será?) y se produce el acortamiento de la brevedad y la aceleración de la rapidez, que es cuando van llegando a mi pecho, sin abertura, cerrazón ni relieve, las cosas que han pasado en otro tiempo, cuando no te conocía. Cuando yo creía que era feliz. Van pasando como sueños que suceden nomás. Tengo que tomar el tren. Porque sé que has encontrado las razones de vivir, en un patio de Villa Lugano, empuñando una colt, mientras yo distingo a mi abuela Waldina caminando por caminos porosos, con su vestido blanco chorreado de sombras. La veo moverse por la casa e ir a instalarse junto a las tinajas donde Pegro Urdimán le acede la maduración de la aloja. La oigo vociferar al aire: *¿qué no saben que las alegrías de un pobre son anuncios de un pesar?*

Voy. No voy. Desplazamiento del ahora encogiéndose. Un ahora mata al otro. Arrugamiento de ahoras. Pesadez. Soy mujer, y casi vieja. Testigo nada más. ¿Qué diferencia, entonces, que viva entre vivos o muertos?

Voy. No voy. Las cuatro. Ya no voy. Adiós, Hermógenes. Cuando me arrastre buscándote entre los jóvenes que florecen como el naranjo da naranjas, o entre los que se fueron a semillar la tierra, no me desprecies más que yo misma.

XVI

La prima está hablando del ajuar que prepara febrilmente desde que, por fin, encontró novio y en estos asuntos es cuestión de agarrarlos bien, antes de que se arrepientan. Ha venido de visita con el novio que es un orangutancito de cuello corto vestido de ambo color café con leche y corbata gris. La prima da las doce antes de hora; falda corta bien pegada al cuerpo, cabellos largos. Provoca pero se ofende. Todo en ella reprime y excita. Pasos cortos; habla por medio de chillidos: ah, ajajá, ey, oia, zás. Ríe mostrando dientes sanos, batiendo las mándíbulas. Cumplió todos los requisitos para adquirir la categoría de novia: primero "hablaron" en la calle, después él la esperó en la esquina y por último "entró" en la casa. Dos veces por semana el novio se quedaba a comer sin sospechar los trajines que eso ocasionaba. Cuando el padre (el tío de Hermógenes) dijo: *y... para cuándo, joven*, se concretó el compromiso. Cambio de anillos con torta, saladitos, sidra y champán. Al pedido de "que se besen" los novios se estamparon un beso casi escabroso pero santificado por el círculo familiar. Después comenzaron los preparativos para la boda y los agasajos. La novia hacía las visitas

preliminares de invitación formal para asistir al casamiento.

La prima había traído al novio y la mamá los miraba extasiada: ¿cuándo Hermógenes le traería su chica, la futura nuera esperada, esa chica rubia (¿y si fuera morocha?) que supiera tocar el piano, algo de recitación (Rubén Darío, Amado Nervo, ¡hay tantos!) y, sobre todo, que le gustara cocinar? Cambiarían recetas. Tejerían los pulóveres para Hermógenes y después, cuando sintiera los primeros síntomas, la vida cambiaría con el embarazo de la joven. Ansiaba tener la casa llena de niños ya que Dios a ella le había mandado solamente uno. La prima pregunta:

—¿Y Hermógenes, tía?

—Cerca de las tres salió; ya tendría que estar de vuelta: son pasadas las ocho.

—¿Tiene algún filito, tía?

—Reconozco mi desilusión; hasta ahora nada.

—Ya llegará, ya llegará, qué se le va a hacer; es el destino; míreme a mí —dice el novio.

Entonces vienen los chillidos de la prima, gritos que no dicen mucho ni poco, pero que él entiende. Miradas. Manos que se buscan y se aprietan prometiendo el mañana. El placer del mañana. El hartazgo del mañana.

Y llega el aviso. La madre no puede seguir la conversación de la pareja. No logra distraerse.

—La noto intranquila, tía. ¿Le hago un té? ¿Quiere un mate?

—Pero si no tengo nada...

—Déjelo que se haga hombre.

—Ya es un hombre. Tiene veinte años. Pero es un poco raro: figurate que no le gusta la televisión.

—¿Que no le gusta la televisión? Tenga cuidado, tía, que andan muchos degenerados.

Pausa. La conversación sigue sostenida en un eje: el precio de los muebles, de la batería de cocina, de las cortinas y sábanas. A veces decae y entonces la prima lanza uno de sus chillidos y el novio le responde vibrando. Cuando la pareja notoriamente aburrida se dispone a despedirse sonó el timbre. *Deje, tía, voy yo* —dice la prima.

El aviso empezaba a articular la primera zozobra: *Hermógenes Taboada.* Se adelanta la madre:

—Sí, vive aquí. Esta es su casa. Ahí están sus libros, su mesa. ¿El padre? Ya van para ocho años que Dios lo llevó a su gloria. La madre soy yo: Zulema de Taboada. Sí, de los Taboada de Santiago del Estero, de una rama de ese tronco, sí señor.

La artculación de la primera palabra terrible estaba pronunciada y provenía de un representante de la autoridad que la invitaba a efectuar un reconocimiento. Las restantes palabras completaban la primera y no eran tan terribles desde que aquélla había dicho: muerte, y, las restantes, de Hermógenes. (¿De quién más podía ser?) Después dónde. Cómo. Tampoco podían tener la importancia de la primera.

Angustia. Desvanecimiento. Sollozos que no salen, trabados por la incredulidad. De nuevo desvanecimiento para no computar la realidad. No puede ser. No puede ser. Estaba sano y bueno.

La prima corre a llamar a la tía Anita y al tío Raúl mientras ella sale con el orangutancito a acompañar a la madre hasta la seccional de Villa Lugano donde no termina de comprende qué andaba haciendo Hermógenes por esos andurriales. Allí el tímido aviso se hacía claramente real, no admitiendo la posibilidad de error o confusión. En el suelo, junto al cadáver de un hombre corpulento picado de viruelas, Hermógenes, con la mirada detenida

en el aire y el pecho agujereado. Un tiroteo. Actividades terroristas. Antiargentinas. Reprimibles con el Decreto N°..., Barra..., y por el Decreto N°..., Barra... Y en razón del secreto del sumario, el juez que entiende en la causa...

Una madre es una madre hasta que pierde al hijo: sin hijo qué sentido tiene ser madre. Sin comprender la razón que llevó al suyo a alzarse contra el orden, no lo juzga ni llora, pero le reconoce la extrañeza. Era raro. Era distinto. Podía decirse que desde chico ya estaba carburando la crítica. Ahora se da cuenta de ciertas reacciones, respuestas y posturas. Era la maduración de la protesta con que se lanzaría después a resbalar en el vacío. ¿Qué hay que estudiar para ser madre? ¿Dónde hay que graduarse para dar las explicaciones que los hijos exigen?

Un hijo es un hijo hasta que no es un desconocido. Lo quería para simiente y el hijo se le dio vuelta trepando por el aire hasta resbalar en el vacío. ¿Qué buscaba? Salvo el padre, que le faltó por voluntad de Dios, tenía todo lo que puede desear un muchacho: un nombre honrado, una casa limpia, un trabajo noble, una carrera iniciada, una madre, un porvenir. Tenía salud: lo principal. Inteligencia. Juventud y buen parecer. Lindo pibe, sano, estudioso. Si pudiera conocer la circunstancia en que fue a parar a ese lugar de Villa Lugano, o saber quién lo llevó al enfrentamiento, estaría en condiciones de averiguar la manera en que se le fue muriendo. Pero los hijos desconocen a los padres culpándolos de sus propias desdichas, cuando más de las desdichas generales. En este caso los culpan de complicidad, olvidando que los padres, a su hora, también fueron rebeldes.

Tuvo que reconocer que era un desconocido cuando las autoridades la acosaron a preguntas. Y más cuando exhibieron una libreta de teléfonos y apareció el nombre

de una profesora, una señora bien casada que no mataba una mosca. Esa mujer era la más sospechosa. *Recuerde: una mujer madura, baja; ¿alguna vez fue a buscar a su hijo?* No recordaba. *¿Sabe si le entregó algo? ¿Habló por teléfono la mujer? ¿O su hijo llamaba? ¿Sabe usted qué hacían juntos su hijo y esa mujer? ¿Cuándo empezó la amistad? ¿Qué cosa fue que los vinculó? Piense: su hijo tenía veinte años, ella más de cuarenta. Piense: ¿su hijo se había distanciado de usted cuando se relacionó con esa profesora? ¿O fue la profesora quien lo buscó?*

No salía de su asombro. Imposible comprender. Su hijo: ese desconocido. Empuñando una colt halló la muerte esa tarde, en una casa de Villa Lugano, junto al hombre picado de viruela y otros desconocidos. ¿Qué hacía ahí Hermógenes? ¿Cómo fue a parar a ese lugar y con esa gente? Pero eran inútiles todas las preguntas: ella ignoraba todo. Todo se le escapaba de golpe: la seguridad, la esperanza, la inocente vida. Parecía que empezaba a desprenderse de la apariencia cuando la voz siguió interrogando: *¿Dónde pasaba las noches su hijo? ¿Que fue a cuidar un enfermo, dice? ¿Qué enfermo? Cómo que no sabe. ¿No sabe dónde está ese enfermo? ¡Pero usted en qué mundo vive! Parece mentira: nunca salía de bajo sus polleras y en las primeras de cambio viene a enredarse con saboteadores profesionales.*

Sola, en su casa, le sobra tiempo. Nadie para quien cocinar. Ninguna camisa para lavar. Sin hijo, sin nietos: poco es lo que tiene que hacer. Cuando entra en el cuarto de Hermógenes sólo desea una cosa: que lo que él buscaba junto a esos extraños no fuera demasiado estúpido como para desilusionarlo a último momento sino que, por el contrario, haya justificado su actitud y su ausencia.

XVII

El tren era tirado por una máquina diesel alemana de color rojo y amarillo, la D.C. 138, y el viaje se presentaba sin novedad. Día apacible. Perspectivas buenas.

También el maquinista se presentó a su trabajo sin novedad. A las seis en punto de la tarde, tras el silbato y la orden de partda, la diesel pitó fuerte, primero con estridencia, después lastimeramente. Un sonido largo seguido de dos breves, que produjo la natural conmoción en los presentes: lágrimas, gritos, revolear de pañuelos, advertencias, estribillos: "dale Boca, dale Boca", y lentamente, con majestad, el tren empezó a deslizarse en dirección norte.

Pero tanta pericia le había costado mucho al maquinista. Al ascender de foguista le dieron la diesel dentro de la cual se sintió feliz. Pocas veces había sentido una emoción tan grande. Fue un día memorable. Firmó varias planillas y un acta de toma de posesión del cargo: leyó oficialmente las indicaciones adjuntas (aunque había seguido un curso especializado) y, con alegría pasó a desempeñarse. Fue el timonero de un largo tren que partía de Retiro con destino a La Quiaca. Claro que esto no

era inmerecido porque durante muchos años sirvió al ferrocarril. Estaba casado y tenía cuatro hijos.

El trabajo era ahora mucho menos penoso. No se hacía necesario darle al trago, como antes. Bastaba el agua fresca que le llegaba de la cocina. Pero bien podía decir que había dejado la sangre en el riel, fogueado hasta la camiseta, al lado del maquinista, debía mantener el fuego infernal de la caldera, mientras los ojos, enrojecidos por la quemazón y el vino, se le escapaban hacia el paisaje que conocía de memoria. En cambio ahora, con la diesel y como maquinista, bien podía decir que iba confortablemente y que la velocidad de la máquina era un hecho ajeno a su sangre. No le costaba nada arrastrar el tonelaje y los vagones de pasajeros.

Debía conducir toda la noche y al día siguiente, efectuar el relevo en Deán Funes. Una vez relevado, tomaba la valija que su mujer preparaba y se iba a dormir al hospedaje, frente a la estación. Luego se vestía y salía a "chamuyar" a una rubia de su conocimiento. La rubia, al parecer cansada del largo chamuyo y otras yerbas, así como de la poca concreción del asunto, a más de los sinsabores de la soledad hasta el próximo viaje, celos, infiernillo provinciano, etcétera, ideó un maléfico plan que fue la perdición del maquinista. Desde un tiempo atrás venía suministrándole dosis de estricnina.

Aquel último domingo el maquinista se sentía mal del estómago, con naúseas. Pero no le dio importancia y ocupó su lugar sin novedad.

Rato después de haber pasado Boulogne (donde los muchachos de los talleres le envidiaban la suerte y el ascenso) la ropa tendida indicaba que los edificios altos quedaban atrás. Sintió que lo estaban asediando:

Cayetano da la mano
a tu hermano;

como no lo tengo
con el tuyo me entretengo;

me entretengo.

Puso el oído en dirección a las ruedas y percibió el coro sin lengua:

Cinco pesos
poca plata

cinco pesos...

Luego se juntaban los dos asedios como los gritos furiosos de dos locos. Le quemaba la sed. Desde que se hiciera cargo de la diesel no bebía. Pero a medianoche estaba completamente ebrio. Casi no vio las luces de la estación Alta Córdoba, hacia la madrugada. Por poco sigue de largo. Pero entró bien y el superintendente lo miró desconfiado; supo quedarse impasible dando la impresión de impunidad que los superiores exigen y que algunos borrachos dominan. Siguió, sin novedad.

El día era cálido. El camino carretero levantaba grandes polvaredas que parecían tener vida propia: en el centro se cumplía la inquietante vida de los remolinos. Adentro, ya se sabe, baila el diablo. El tren seguía tragando kilómetros y la boca de Cayetano se endurecía de sequedad. Los dolores y la sed se le hacían insoportables. Vaciaba las botellas con desesperación. Faltaban tres horas para llegar a Deán Funes. Era el infierno.

Entonces giró la palanca de velocidad. Los pasajeros, que dormitaban, empezaron a bambolearse en sus asientos, molestos además por el atroz calor y el aire pesado del camino. Iban con las ventanillas bajas, cubiertas con

toallas mojadas para conjurar la sofocación del polvo. Sólo el maquinista tragaba el tierral. Decidió no detenerse hasta el relevo. El sol pegaba de frente, así que cuando empezó a vomitar arrojaba bombitas brillantes y multicolores. No bien llegase tendría que dar parte médico, así que su amorcito clandestino lo cuidaría. Pero estaba un poco resentida. Era brava la Rubia. Si lo veía así capaz que le echaba encima una carcajada. Se puso tieso. Apeadero 1050. Paso libre. Pasó como una exhalación. *'Si te he visto no me acuerdo"*, pensó en una ráfaga. Una vez, cuando chico, en el baldío de la esquina encontró una gata con cinco gatitos: acababa de parirlos. Tenían aún el cordón umbilical afuera, sin cortar. ¿Qué era eso que les sobresalía? Se quedó mirando la viscosidad. *Si te he visto no me acuerdo.* Pero ahora se acordaba de eso. Le venía a la cabeza la armadura de la frase pero a la vez el pensamiento de aquéllo que había presenciado. Sucios, ciegos, con un cordón rosado en medio del vientre. Repetía "si te he visto no me acuerdo"; pero tenía patente a los gatitos.

Otro giro de palanca. En los coches dormitorios las parejas que se habían acostado para la siesta encontraban que el maquinista había perdido el sentido de lo razonable y una viejecita que bajaría en Tucumán sacó el rosario y empezó a rezar. Parados en el pasillo, haciendo frente a la siesta y al tierral, una chica morena y un muchacho de largas patillas cambiaban planes amorosos. Ambos se consideraban su conquista. Ella llevaba pantalones vulgares cubriendo sus caderas eróticas. El parecía un beduíno alegre, en el desierto. Los guitarristas que habían entretenido al pasaje desde la tarde anterior y durante la noche; el ciego que llamaba a cada rato a su esposa para que lo atendiera; los convalescientes de enfermedades tratadas

en Buenos Aires y que volvían a su terruño; las sirvientitas de los coches de segunda; los árabes que tomaban anís en el comedor; los conscriptos con licencia; los que volvían en busca de refugio, todos iban haciendo fuerza para que el tren, que había empezado su marcha vertiginosa, siguiera en ese ritmo y los sacara del infierno de las Salinas Grandes. Estaban inquietos pero empujaban para que la velocidad los salvara de tantas incomodidades.

Entre polvo, sudor, rezos y sexo, el tren empezó a volar. No detenerse era la consigna. No detenerse. Más rápido. Cayetano / da la mano / a tu hermano / como nó lo tengo / con el tuyo me entretengo / cinco pesos poca plata / poca plata / Hay que llegar. Tengo que llegar a Deán Funes. Ahí descansaré. Ahí respiraremos. Llegar. En Deán Funes está la Rubia con vasos de hielo, y los gatitos negros con el vietre rosado, ciegos, con el cordón colgando de la boca. Tengo que llegar. El vientre se me va a abrir y podré arrojar el fuego, esa cosa rosada que me anuda la garganta y va a ahogarme. Tengo escalofríos. Otro giro: así será más rápido. Más rápido.

Pero hay un cura con sotana marrón parado en medio de las vís. ¿Qué hace ese curita ahora que el dolor se quedó tieso adentro de mi vientre estrangulado por el cordón? Ahora el cura me da la espalda y se vuelve caminando hacia adelante, entre las vías. ¡Dios mío! ¿No verá el tren? ¿Cómo se puso adelante? ¿No se da cuenta que el tren viene sorbiendo el aire? Por favor, retírese: tengo que llegar. No puedo frenar. Por favor Deán Funes... ¿qué está haciendo? ¡Apártese! Le diré la verdad si se aparta: la Rubia es espléndida... y mi mujer con cuatro hijos no da más. Es espléndida la Rubia. ¡Qué cuerpo! Comprenda, padre. ¿Qué iba a hacer yo hasta el otro día? Dos noches por semana, solo, fuera de mi casa. Fue por eso, por

sobrellevar el tiempo que estaba solo. Pero es brava la Rubia: quiere que abandone a mi mujer y a mis hijos... Y yo no soy capaz de eso. No soy tan malo. Comprén-dame, padre. Se lo juro. Fue por esas noches que pasaba solo. Hace frío. Estoy tiritando con este calor. Tengo los pies duros. Tengo los dedos duros. No puedo frenar. Hágase a un lado, padre. Tenga piedad... Deán Funes. No puedo frenar. Y por usted no llegaré...

En los coches dormitorio las parejas se abrazaron con fuerza. El ciego de un salto se puso de pie. Las sirvientitas se tiraron al suelo. Los que dormitaban en los asientos de segunda pasaron del semisueño a una brecha que se abrió en el cielo. El coro exterior cesó apagado por el estrépito. Cayetano descansó.

La estación estaba vacía a esa hora de la noche. Ni el personal de servicio nocturno. Todo abandonado. Ergo: tengo que cargar mi equipaje. Un hombre, el único, que al parecer dormía en un banco, se levanta y viene a mi encuentro. Reconozco al gringo del taller, al hombre que enamoró a Matiasa: mi padre.

—¿Solo, papá? ¡Y con la humedad que hay esta noche!

—Te esperaba.

—¿Sabías que iba a venir?

—Recibí el aviso.

Caminamos juntos y los pies se me entierran en la arena. El aire es dulce. Sensación de tener un caramelo en la boca. Pienso: de aquella arena rubia y suave del Egeo a

esta burda arena caliente. De aquel cielo tan azul a este delirante.

—¿Qué te ató, papá?

—Matiasa y la obstinación. Tu abuela quiso desbaratarlo todo y yo me encapriché. Le hice la contra. Pensá: si no hubiera sido por la obstinación vos no habrías nacido.

—Soy hija de la obstinación.

—De la doble obstinación. Pensá que si Waldina no se oponía yo no me obstinaba, así fue. Tal vez no estaría aquí esperando el fin... ¿Por qué has vuelto?

—No sé. De pronto se me hizo totalmente necesario. Vine a buscar algo que no sé. A mí misma, tal vez. A un amor. La cuestión es que necesitaba venir. Así que tomé el tren y volví, ya ves.

—¿El diesel?

—Sí.

—¿El D.C. 138?

—Sí.

Se fatiga con las maletas pero se empeña en cargarlas. Quiere llevarme a su casa frente a las lomas azules y le digo que prefiero ir a la otra, a la casa de Waldina. *Se está cayendo; además pronto pasará la topadora y sembrarán caña, ahí*, dice. Mayor razón entonces para ir, ¿verdad, papá?

Antes de separarnos miro sus ojos de pestañas raídas, deshilachadas. Esos ojos que atravesaron la luz increíble del Mediterráneo se bordean de ojeras y se opacan. Me pregunta:

—¿Te acordás el día de tu cumpleaños?

—Ya lo he olvidado.

—¿Y el número de la diesel?

—D.C. 138.

XVIII

¿Duermes, Hermógenes? La noche se me ha metido en los ojos. La noche y el frío. Empiezo a verte sin mirarte de la manera como, antes, los perros veían el bulto de Waldina rondar por los callejones y ella no estaba. Los perros la veían y Matiasa la sentía moverse y rondar por la casa: *¿estará penando?*, decía. Yo sólo sabía sentir miedo. Y después aquel rumor que se quedó ocupando la casa, malquistándonos, separándonos. Te digo que allí están todavía aquellos rumores de cuando la trajeron arrastrándola moribunda, alta y grande, entre los pasos apagados.

Subo las calles arenosas y otra vez el Rufino ha dejado de regarlas. Rufino el regador hace mucho que no puede cargar el agua en el carro y las calles se cubren de polvo. Entre la ceniza calcinada las hojas aumentan la desesperación del calor granuloso y acre como lengua de loro. El polvo se aprieta en las pestañas descoloridas del Rufino mirando el callejón por donde un día se fue con el circo y por donde ha vuelto: *me escarbaban los recuerdos, por eso he vuelto; sobre todo para regar las calles en*

los días de calor. La gente sale a sentarse a las puertas de sus casas y entonces soy como un rey que bendicen con alivio. Los conozco a todos, sé cuándo están enfermos, cuándo mueren, cuándo nacen. Cuándo se aman o se odian. Cuándo se aburren o están ansiosos. Por las tardes me esperan para desahogarse. Por eso he vuelto.

Camino por las calles solitarias y borrosas. Salgo al callejón y me encuentro con María Troncoso que viene llorando, el cabello suelto hasta la cintura. Le pregunto:

—¿Cómo es que te fuiste con el circo, María, y lo dejaste a Gabriel el entenado con la cama lista y el ajuar encargado?

María no contesta y llora. Por fin dice:

—Tuve tres guagüitas y a las tres las he perdido: muertas. En el camino quedaron.

—¿Y el domador?

—Cuando murió la última dijo que no quería verme más. Estoy maldita.

—Qué importa si conociste el amor.

—Pero estoy vacía. Nunca sabrás lo que es estar vacía. Es como un tren que siempre corre.

María calla. Se sienta sobre el pasto y muerde una doca áspera. Hasta cuándo tendrá que sentir el paso del tren que la recorre sin descanso. Siempre pitando. Con agitar de pañuelos y adioses. Hasta cuándo María Troncoso se despedirá de María Troncoso. Tiene los ojos grises y una boca dulce que jadea como perro cansado. Allí mismo, sobre el pasto donde las dos nos sentamos, saca del seno una carta y me la muestra: *es de Gabriel, leéla.* "María: acabo de enterarme de que te marchas con el domador del circo y que estás por faltar a tu compromiso conmigo. Si es así te maldigo, mujer sin corazón que tanto quise. Quiero ignorar tu vida hasta mi MUERTE."

—Gabriel ya no está aquí, María. Hace mucho que no puede maldecir ni perdonar —digo.

—Por eso lloro y me recorre este tren. ¿Sabés? De mis tres guaguas una nació ciega; otra opita, la pobre. Pero el varón, ¡qué varón tan enteramente! ¿Los ojos? Grandes y brillantes. ¿El cuerpo? De querubín. ¿Qué le faltaba para que un día empezara a perder la alegría de ser tan enteramente? Chocheaba tanto que, cuando quise acordar, ya se me iba. Después el domador me despreció. Por eso he vuelto. Nada tengo que ver ya con el circo.

—Yo también he vuelto, María. A buscar a Waldina y a Matiasa. A encontrarme con alguien que espero hallar aquí.

—¿Un hijo? ¿Un amor?

—Un hijo, un amor —respondí.

La noche entra en mis ojos y se queda allí incrustada de desolación. El humo se revuelve desprendiéndose de la tierra con un lejano pitar de locomotora, suavemente se extiende balanceándose en el aire rozando el docal junto al que María se ha recostado y trepa sobre los árboles que bordean el callejón hasta confundirse con las manchas del aire. Después nada. Antes de que oscurezca completamente entro en el comedor donde Eliana teje. Las baretas dibujan castillos y ángeles arrodillados. En el fondo de los visillos se ven campos de tulipanes donde deben corretear los ángeles cuando se fatigan de jugar en el castillo.

—¿Es verdad que anduviste haciendo bailar a los sapos rococos un pasito adelante, dos para atrás, y además emborrachándolos con cigarros?

—No, tía.

—Me contó un pajarito. Si mientes te pondrán a desgular hormigas.

—Sí, tía.

—¿Lo hiciste? ¿Ves como sé?

—Yo también sé por qué siempre estás llorando, para que sepas.

—Calláte. ¿Qué no sabés que en boca cerrada no entran moscas?

—Que me entren las moscas; que me pongan a desculár hormigas: no me importa. Vos llorás por un hombre.

—Jesús. Qué chica tan malcriada. Quítese de mi lado.

Pronto será la hora en que Waldina diga: *arrima ese madero colgante...* Voy a terminar el diálogo con Eliana, interrumpido durante tantos años. De nuevo la veo sentada junto a la ventana del comedor, atisbando la calle, como si el que ella espera fuera a aparecer de un momento a otro caminando por la calle, dándole el tiempo justo para doblar el tejido, ir a buscar la maleta y marcharse con él.

—No lo esperes más, Eliana: no va a venir nunca, ya.

—El vendrá. Y entonces me hallará esperándolo. Nunca dudé de eso, ni cuando buscaban los arcones que Waldina había llevado a mi cuarto. Ella me había dicho: están vacíos, no te molestarán. Ahí quedaron y nunca me impidieron seguir esperándolo.

—Eso era antes, Eliana. Ahora ya no. No vendrá. Me duele decírtelo, pero es así.

Se resguarda de la poca luz que queda, como si la dañara. Palidez y ojeras. Una nube se cuelga de las baretas de hilo macramé. Haciendo un esfuerzo abre sus ojos gastados:

—¿Cómo puedes saber más que yo? No me ha llegado el aviso. No puede hacer eso sin anunciármelo. No, no es verdad. El vendrá.

Y es difícil, intrincado, decirle que yo le traigo el aviso de que lo acribillaron en una calle de Villa Lugano, allá

en Buenos Aires, donde quedó tirado como un perro, con una pierna rota y la cabeza partida; porque tengo que hablarle también de la baba esponjosa, abierta en agujeritos crepitantes y duros, la baba que le creció en el momento de hacer foco en la instantánea final. Pero mas que nada tengo que hablarle del camión, ese destartalado camión al que él se arrimó para dejarse caer en el momento en que clavó en ella la última vibración de su pensamiento. Y le digo:

—Lo acribillaron... Se arrimó a un camión y allí pensó en vos. He venido a contártelo porque no dudé que siempre lo esperaste.

—¿Por qué no me habré ido con él? Que era medio hermano, decían. Quién sabe. Nadie, ni Waldina, estaba segura de eso. La cuestión es que me privaron de él. Siempre estuve segura de que vendría a buscarme.

—Cuando vino, ya no estabas, Eliana.

—Ya no estaba. Era tarde. Ahora también es tarde. Siempre fue tarde, menos la noche que vino a mi cuarto... Tomá: te regalo el último visillo que tejí, lazada a lazada, punto por punto, ansiedad con ansiedad. Te lo dejo para que destejas la urdimbre de este amor coagulado. Ya terminé de tejer. ¡Cómo me duelen los dedos y la espalda!

—Coagulado o no, conociste el amor, Eliana.

—El vacío. El hambre de amor. ¿Sabés lo que es tener sed y no colmarla? Es como un tren que te recorriera por dentro. Cuando mirás, es que se trata de una estación, pero no podés bajarte. Lo mismo cuando dormís o regás las plantas: son estaciones. Nunca encontré dónde apearme. Por eso me puse a tejer: para que el tren corriera sin parar. Ahora que él ya no vendrá me bajaré en una estación cualquiera.

Hace un esfuerzo y se levanta. Delgadez. Ojeras. Las

ojeras sombrean hasta las mejillas empolvadas donde alguna vez se instaló el color. Camina. Navega. Atraviesa la puerta y queda un olor sordo y rabioso a moho y heliotropos proveniente del visillo que tengo en las manos deshaciéndose. Las baretas se desploman descogotando a los ángeles y haciendo estallar los tulipanes; el castillo es un erial o cueva de topos y ratas; el cielo nuboso hilachas de macramé. *¿Todo tu amor, Eliana, es esto? ¿Qué me has entregado? ¿Una obsesión delirante, solitaria, maldita? ¿Qué hago con estas cenizas?*

Pero es inútil que haga estas preguntas. Eliana ya no está para oírme: se ha apeado del tren.

Salgo a la galería donde una sombra, en cuclillas, se pega a la pared, cerca del arco donde Waldina solía pararse con todo su altor a recibir al abuelo. La sombra se estremece cada vez que oye un golpe que viene desde lo hondo de la casa, golpe acompañado de gritos como salidos de la profundidad. Creo distinguir a la mataca tuerta, mi niñera. Cada vez que suena el golpe le viene un tiritamiento a la india; se le revuelve el tipoy celeste prendido en los hombros con dos alfileres de gancho y la roseta de raso que le parte el pelo por el medio. Pelo duro y encanecido. Recuerdo sus ojos: dos rajaduras que se hundían para adentro cuando estaba con miedo. Igual que ahora que tiene miedo de que le pase algo cada vez que suena el golpe. Porque ella ha quedado sola, la única viviente, en la casa que tiene paredes altas y gruesas por donde se cuela el golpe.

El golpe, apelotonando rumores, los retuerce, hasta

que en una de las sacudidas los tira lejos con fuerza. Los rumores caen al suelo machucando ayes y suspiros y se sueltan del nudo que hace el golpe, carcajeando como las chispas del horno de la abuela Waldina cuando Pegro Urdimán se lo apagaba. Entonces viene la tiritación en la piel de la india, que es una carne de gallina que le cunde por todo el cuerpo. Tirita de miedo porque es el único ser vivo que ha quedado en la casa, aguardando quién sabe qué, cuando ya todos se han ido.

Cada que suena el golpe la india tiene la esperanza de que sea el último y que para entonces se presente el cacique, no a reclamar la ración de azúcar o de harina para la gente acuclillada, sino a llevarla al otro lado del río donde todos se han ido. Sola, la india tuerta espera que vengan los que se fueron a la otra orilla del Gran Río, que es un país donde nunca escasea la harina, ni el charqui, ahí están colgados para que los agarre el que quiera y se sirva hasta hartarse; ahí uno se acuclilla a mascar, de tambores repletos, la coca abridora de fuerzas. Es una delicia vivir allí, con el cacique y los hermanos, y acaso con Waldina y su familia, todos dichosos, conversando y comiendo. Pero ella está todavía ahí, junto a la arcada de la galería, viendo la soliviantación del polvo que apaga las voces de los que se fueron y aún no consiguen llegar a la otra banda del río y vuelta a vuelta regresan a lidiar con los de aquí. Ella con su oído tan fino los siente y los reconoce y sabe distinguir los pasos de cada uno. Hay pasos que caminan para adelante, otros para atrás, una fuerza que los lleva a entrar en la casa, otra a salir cuando se cansaron de trijinar y así la casa, todas las noches, está llena de pasos y rumores asediando, como cuando todos estaban y caminaban por las habitaciones, la galería, el patio y hasta por el lugar de donde ahora vienen los golpes.

Puede reconocer los pasos que hacen las botas, otros más livianos hechos por las zapatillas y los que hacen los pies descalzos. Pasos de hombres y de mujeres. Zancadas pesadas de cuerpos robustos, y de pajarito como las del Amaurio. Pasos de alguien que está tejiendo pero que igualmente se alargan hasta la puerta. De mucha gente cansada y con hambre. De chicos enfermos que se levantan de la cama, afiebrados. De sonámbulos. Pasos que dicen sí, y otros no. Que andan buscando plata escondida; que entierran plata. Pasos como de gato que van de noche esquivando los tarros del camino y otros que sigilosamente les abren la puerta. Que cierran la puerta detrás de los que entraron. Pasos que se juntan y se pisan. Y los pasos que se despegan de la tierra para borrarse definitivamente porque no quieren volver más y han llegado al Gran Allá.

Oye los pasos y los reconoce y hasta los malquista cuando andan alcahueteándose, porque para qué se fueron si no descansan ni dejan descansar, y, ocasiones, cuando se ponen insufribles, les grita largo, y es del susto que tiene de que se agolpen y le caigan encima produciéndole la tiritación. Tiene miedo de que alguno se apiade del que está golpeando adentro del pozo. Y venga a recriminarla. Y le digan una sarta de cosas sobre todo si se levanta viento porque en los días ventosos los remolinos les revuelven los rastros y ellos tienen que recomponerlos y se ponen furiosos.

Se limpia la lagaña del ojo huero surcado de nubes que, cuando está por llover, se le licuan y cubren de humo como si fueran espejos enlutados. El ojo, entonces, hincha su panza mordiendo grasientas lagañas y telas felposas y no se sabe si lo que suelta es una lágrima o una reverberación, ya que entonces quema como rescoldo. Siente el ojo caliente palpitar como una paloma asustada,

quemándola. Así le quemaron las tripas el día que se quedó dormida bajo el cebil y Pegro Urdimán la travesió. Así le quemaron cuando el hijo, Angelito, dijo: *me da asco esta mataca tuerta.* El hijo la despreció y como buena mataca juró vengarse. Ahora puede cruzar la orilla porque ya se vengó. Primero fue al curandero a pedirle que mirara dentro del agua el rostro del daño; el curandero puso el agua en la palangana y miró adentro, en lo profundo del agua, hasta que reconoció la cara del que le hizo el daño. "*Es uno buenmocito* —dijo—, *blanco, el que te quiere mal. Conseguime tres cabellos de la nuca en noche de luna nueva y traemelós: el ojo se te va a componer.* Pero nunca pudo arrancarle los tres cabellos de la nuca al hijo. Desde que se hizo grande no se acercaba a ella, andaba de juerga en juerga, perdido por días y temporadas, corriendo mundo. Hasta el día que volvió y ella se pudo vengar. Así que se quedó tuerta, nomás.

En la cocina de Waldina la tenían para pelar choclos y rallarlos. Los choclos se rallaban una mordedura para arriba, otra para abajo, una fuerza para llevar, otra para traer, hasta que el choclo vaciaba la leche de los dientes. Después se mezclaba con el queso de cabra y la albahaca, sin olvidar la grasa freída con pimentón. También la tenían para hacer guatos, pilas de guatos, atados con nudo, del ancho del dedo, para sujetar las humitas. Una gloria comer las humitas sacadas de la olla donde habían hervido apelmazándose hasta volverse un pan agriado por el queso y alegrado por la albahaca. La lengua se le hacía tulpo o molino gozoso olvidándose de la tripa gorda y de la sopa de patas que comía en el toldo con la tribu, antes de venir a la casa donde el cacique la dejó a cambio de cinco bolsas de harina que Waldina le dio para la gente acuclillada. Después la pusieron a cuidar los hijos de Ma-

tiasa. Cuando crecieron ya era de la casa tanto como los otros y la mantenían ociosa, sin mandados ni chicotes. Se había ganado el derecho de estar, sin obligaciones ni rigores. Enterraba, despedía. Se iban yendo. Y ella quedaba.

Sintió pasar los pasos de Eliana siempre quietos junto a la ventana del comedor. Se alarmó. ¿Adónde irían esos pasos trajinadores de noche, yendo y viniendo a la puerta del cuarto, a la espera de aquellos otros que entraron una vez? Nunca andaban sino en la alta noche. ¿Adónde irían? Todavía no se ha ido la luz y ella ha salido a la calle. Hace una eternidad que esos pasos no toman la calle. Pasan pesados, extrañando ese país de arena por donde ahora caminan, arena solitaria y calcinada desde que nadie riega las calles al atardecer. Desde que las calles han desaparecido entre los surcos de caña. Cabecea. El sueño viene bajando en forma de moscardón, al que pone rabioso el ojo huero, siempre duro e irritante. A muchos irritaba su ojo pero a ninguno como a Angelito, su hijo. Con el otro veía cómo preparaba la saliva para escupirla, entonces daba vuelta la cabeza o lo cubría con la mano, jurando que un día se las haría pagar. El sueño también se resiste a penetrar en el ojo huero y juguetea con el otro que tiene puntitos amarillos zangoloteando en el fondo. Picotea las manchas de la mano brincando de la una a la otra con dulzor. Y ya está, así de pronto, soñando que se baña desnuda en el río, abrazándose a las piedras. Busca la pesadez, no el frescor. En la orilla hay sauces que caen en el agua. Es feliz. Ya se olvidó de la quemazón de las tripas y del día en que se quedó dormida bajo el cebil. Por un momento los pasos han dejado de apelotonarse y de golpear.

—¡Despertá, mataca tuerta! ¿Quién ha venido hoy? ¿No será Waldina?

—No. Ella no viene. Ella no quiere volver del otro lado del río.

—Entonces, ¿quién ha venido? Alguien llegó hoy.

—Tu hija.

—Cuál. ¿La que se fue hace mucho?

—Esa que se fue lejos.

—¿Y diái? ¿Para qué ha vuelto? ¿Qué busca? ¿Qué no ha visto que no queda nada ya de lo de antes?

—A mataca también cuesta no ver nada de antes. Todo destrozau. Ni cama, ni olla, ni mueble, ni mesa de amasar. Todo liquidau. Mataca no ver nadita; antes haber mucho. Mataca oye, nada más.

—Que vaya sabiendo: todo se acabó. No queda nada; ni casa, ni finca. Fuera de vos no queda nadie. Sos la única.

—Esto mataca saberlo bien. Ella queda solita en la casa. No hay cristiano ni mataco.

—Avisale que la casa está abandonada. Sin muebles. Y que cualquier día la expropia el Ingenio como expropió la finca.

—Eso no decir mataca. Palabra difícil. No acordarse. ¡Pobre mataca, ya está vieja y Cacique no viene a llevarla!

—Hacele que vea las ventanas sin rejas, las puertas carcomidas y las tejas del techo, rotas. Que por ahí se cuelan lamparones y murciélagos. Mostrale los nidos de ratas que hay en el piso. Pero no es necesario que le cuentes toda la historia...

—No, no contar la historia.

—Ella es una de las nuestras. No empieces a aburrir contando desde que llegaste a la casa: que te cambiaron por cinco bolsas de harina. Que Pegro Urdimán te traveseó el día que te quedaste dormida bajo el cebil. Ella sabe todo eso.

—Ella no saber que él me arañó el ojo.

—No fue él. Tu hijo no te arañó el ojo. Es verdad que te maltrata pero no te puso güero el ojo.

—El hacerme el daño...

—Contale, más bien, que las libras esterlinas no han aparecido todavía.

—Cacique dijo: ya está maltoncita; sabe acarrear agua, prender fuego, fregar ollas. "*¿Cuánto querís?*", dijo Waldina. Unas seis bolsas está bien —decir el cacique. "*Mucho es*", ella. "*Cinco*, si convidás coca con bicarbonato" —el cacique. "*Está bien, pero la tenís que dejar para siempre.*" "*Ya está dada*" —contestar el cacique. Después Cacique irse llevando las cinco bolsas de harina. La gente acuclillada comer pan por un tiempo.

—¡Ufa! ¡Otra vez con esa historia! Contale lo de las libras que Waldina había guardado en el arcón; decile que hay que seguir buscando, que las busque ahora que ha vuelto, porque aún están sin aparecer; que camine, como nosotros, buscando y más ahora que el Ingenio está arando la tierra para sembrar caña. No te olvidés de decirle que no ha quedado nada.

—Nada, nada. ¿Pa qué caminar tanto por la casa si no hay nada? ¿Por qué no irse todos de una vez? Dejá de joder, Matiasa. Ya es hora que Cacique mandarme a buscar.

—Basta. Contale lo que no sabe ni imagina: hablale del pozo.

—No; no contar eso. Andate, Matiasa.

—¿Por qué? Es un pozo como cualquier otro, hondo, de paredes de ladrillos, sólo que está seco y adentro está Angelito, tu hijo. Está desde la noche que se cayó andando borracho, y desde que vos no hacés nada para sacarlo. Sos la única que puede sacarlo y no, no lo sacás. Apenas si le tirás comida y le bajás de vez en cuando algún tarro

de agua. Al principio, cuando gritaba te ibas al otro lado de la casa, para no oírlo. Ahora te acurrucás en la galería escuchándole los ronquidos porque se le acabaron los gritos. Y te quedás dormida a cualquier hora del día.

—El quemarme las tripas; hacerme el daño. El arañarme el ojo. Adentro del agua de la palangana estaba la cara de él. Adentro del agua verlo el curandero. El odiar a mataca.

—Pero es tu hijo.

—Yo quedar dormida bajo el cebil. Soñar bañarme desnuda en el río. Y era él. Ahora él quedar adentro del pozo hasta secar. Hasta secar como charqui.

—Contáselo a ella.

—No contar nada del pozo. Después ella decir como vos: sacalo, sacalo. Y cuando él sale: pegar, pegar fuerte, escupir, tirar de las mechas a mataca. No. El secar como charqui adentro del pozo. Así querer yo. Mataca mandar. Mataca hacer pagar hijo malo.

—No te olvidés de decirle que ahora el Ingenio está removiendo la tierra para plantar caña. Eso es muy importante. Hay que ubicar el "tapao" no sea que alguien lo encuentre y se adueñe. Contale que Waldina no volvió nunca.

—Dejá dormir, Matiasa. Andate de una vez. De noche venir, de día venir. ¿Qué no vis que Waldina irse del todo? ¿Vos estar penando Matiasa? Quedate allá. Hacé como Waldina. Andá vos igual. Noche a noche vos y esos otros venir a caminar por la casa. Noche a noche haciendo sufrir a india. Mala vos, Matiasa; antes vos ser buenita. India ser niñera de tus hijos: cuidar, limpiar tus hijos y vos ahora no dejar dormir. India servirte a vos y tus hijos, ¿olvidau Matiasa? Dejá de hablar ya. ¿También de día venir ahora? Andate. Cruzá el Río de una vez. Mujer

siempre con marido, ¿por qué vos venir a esta casa? Gringo ser tu marido y allá penar solo. Vos encapricharte, hacer enojar a Waldina casándote con gringo, ¿y ahora dejar solo? Buscá tu marido y andate. Llevalo con vos al otro lado del Río. Allí vos encontrar al Cacique, decile si olvidau mataca tuerta; cuándo venir a buscar, ya ser vieja y Cacique no viene. ¡Andá con gringo tu marido, cruzá Río Ancho y no volver más aquí, Matiasa!

Siente que el sueño le picotea las manos y que se le va metiendo hasta el fondo en la respiración brumosa. Vaya, ¡ya va llegando la dulce visita! Le hormiguea la nuca hasta hacérsela agachar como la tortuga cuando hunde su cabeza en los remiendos del cuero. Antes de dormirse alcanza a oír, lejanos, los ronquidos mezclados con un llanto rabioso que salen del pozo que está en lo que fuera el traspatio. Por las arrugas de los costados de la boca amaga una sonrisa relampagueante de lucidez: *"que llore, que se muera, que se pudra"*. Que se pudra. La sonrisa termina en los pliegues finales de las comisuras yendo a morir en el mentón. *"Charqui. Que se seque como charqui."* En cuclillas, con el tipoy de pana, la cara se le ha vuelto del color de las tinajas donde se guardaba la aloja.

Al rato está soñando que se baña desnuda en el río. Gajos de sauce, acariciándola.

Que llore. Que se muera. Que se pudra. Que se seque dentro del pozo como charqui, así no se le oyen más los gruñidos. Que reviente el hijo de Pegro Urdimán, mandinga como su padre. Desprecia a la tribu de matacos, la hu-

milla vuelta a vuelta porque él se siente blanco y cristiano. Pero es mandinga. Salió malo y sin corazón. No le tiene lástima. Que reviente. Le hizo el daño en el ojo, la escupió en la cara y la desprecia llamándola mataca tuerta. Para él es despreciativo ser mataco: para ella es una bendición. Los matacos son buenos, se quieren y ayudan, se respetan entre ellos. No son como los blancos: ambiciosos, mentirosos, pendencieros, falsos. Pero eso así, nadie es más vengativo que un mataco. ¿La ha despreciado, la ha insultado? Juna y grandísima. Ahora han venido a quedar los dos solos en la casa y viene a ser así cuando ya todos se han ido. Todos, cual más, cual menos, han atravesado la playa del Gran Río. Y tarda el Cacique. Tarda en venir a buscarla y es su obligación. ¿Cuándo vendrá a llevarla al país del "irás y no volverás"?

No queda nadie en la casa. Sólo pasos que de noche vuelven a trajinar, a malquistar, a rondar por los pisos derruidos.

Ahora que la Matiasa la ha despertado siente que afuera están trajinando los pasos del Rufino como cuando regaba las calles para refrescarlas; sabe que ha vuelto y que se empeña en regarlas, pero las calles están llenas de polvo que sueltan las máquinas de demoler. Y siente que vuelven del callejón los pasos de María Troncoso, la corazón de veleta. Sabe que son los de ella porque se detienen frente a la casa y oye que María llama: ¡Gabriel! Luego vuelven a seguir y perderse entre los ruidos del anochecer. La puerta está cerrada con un gran travesaño carcomido y María Troncoso no se atreve a empujar y presentarse ella también como los otros que no la dejan en paz.

Por las mañanas viene el ruido espantoso de las máquinas que tiran abajo paredes de otras casas y dan vuelta

la tierra poniendo panza arriba a los gusanos, uncas y apazancas que vivían tranquilos en el interior de la tierra. Entonces el aire se pone espeso y picante lloviznando blanco en la galería y cubriendo de una capa polvorienta su tipoy de pana y sus collares. Entonces se levanta y va a la quinta a cortar naranjas para calmar la sed. Después se agacha en su sitio de la galería y hunde la cabeza en los brazos desnudos y se tapa los oídos para no oír los gritos de Angelito pidiendo agua.

Que grite. Que se muera. Que se pudra. Que lo tape el polvo y lo seque la sed. Que caiga también carbonilla de la fábrica y que el sol se desplome sobre el pozo como un azote implacable. A veces cuando se acerca al gallinero a buscar alguna gallina para ponerla a hervir lo oye decir entre gruñidos, ya sin fuerza:

—¡Agua!. . . ¡Dénme agua!... ¿No hay nadie? ¡Doña Eliana!... ¡Doña Matiasa! ¿No hay nadie? ¡Mandenmé un poco de agua!... ¿No está Gabriel? ¡Eh, Gabriel! ¡Mande a la mataca tuerta que me traiga agua! ¡Doña Matiasa: digalé que la voy a llamar máma! ¡Tiremé un jarro de agua, máma! ¡MAMA! ¡Déme agua!

La voz se retuerce hecha estentor. Trastabilla cuando dice MAMA y se llena de espumarajos. Hay un jadeo embravecido que acaba en llanto. Termina diciendo:

—China perra, india comprada, cuando salga de aquí te voy a...

Pero ya ella se ha alejado con la gallina bajo el brazo, va torciéndole el cuello y pensando: *que llore, que se seque, que se pudra.* Ya pronto no tendrá aliento para gritar, pronto habrá terminado. Juna y grandísima. Venir a quedar los dos solos, únicos sobrevivientes de la casa. Ella llena de días y él a merced de su terquedad. Allí

permanecerá mientras ella quiera porque es la dueña, ahora. Ella es quien manda. Mientras tanto: que se ahogue con el polvo. Que se muera de sed. Que se haga charqui o chalona. Charqui colgado al sol. Chalona finita doblada. Que se tome su meada y se coma su cagada. Que aprenda a no llamarla mataca tuerta.

"Sabotaje en el álbum familiar"
de Libertad Demitrópulos
fue compuesto y armado en el Taller HUR,
Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires.
Se terminó de imprimir durante el mes de setiembre
de 1984 en los Talleres Gráficos de la Editorial
Fundación Ross, Córdoba 1347, Rosario,
República Argentina